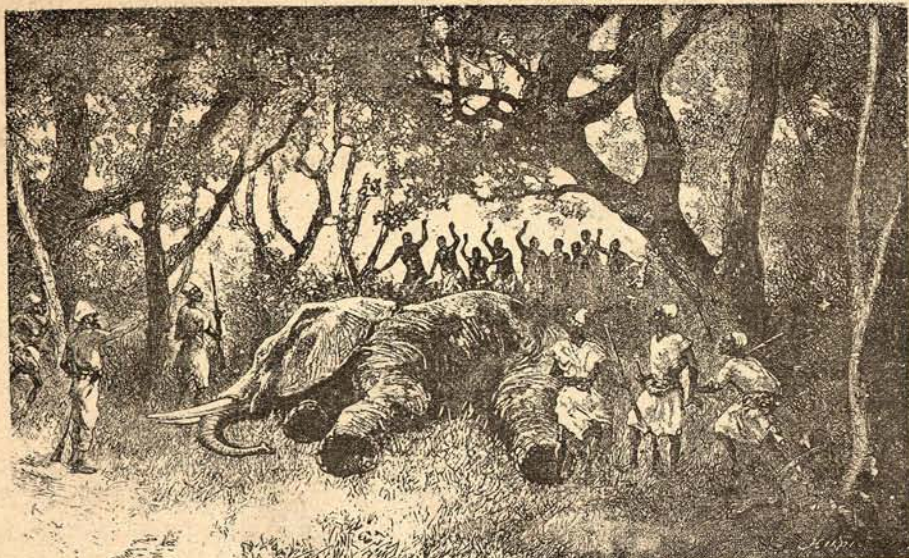


los dientes; se les levanta la ropa para examinar las piernas, y después se tira un palo para que el esclavo vaya á cogerle y se puedan observar sus movimientos. He visto que á varios los conducen violentamente al centro de la multitud, gritando de continuo su precio.

La mayor parte de los compradores eran persas y árabes: estos últimos, según dicen, así como los indígenas, tratan á sus esclavos con bondad, lo cual consiste principalmente en su indolencia; pero el estado social más elevado del amo no mejora la suerte del esclavo. Muy léjos



DESPUES DE LA CAZA

de ello, cuando este pertenece á un hombre de clase inferior, se le exige menos. A medida que la sociedad progresa, multiplícanse las necesidades y aumenta el trabajo servil.

6 de marzo.—Espero con impaciencia á que llegue de Anguan el Pingüino, para conducirnos al Rovuma. Seis de mis hombres se hallan atacados de la fiebre, lo cual no tiene nada de extraño en semejante localidad.

He visitado hoy al hombre más rico de Zanzíbar, quién debe darme cartas para los amigos que tiene en Tanganika, donde quisiera formar un depósito de artículos de cambio y de provisiones de boca,

á fin de no carecer de nada cuando llegue á dicho punto.

*
**

Ayer fui á despedirme de S. A., y á darle gracias por todos los favores que me ha dispensado; me ha ofrecido una segunda carta de recomendación.

Acaba de llegar el *Pingüino*, y tengo un daou para embarcar mis animales, que son seis camellos, tres búfalos, dos mulos y cuatro asnos.

Mi caravana se compone de trece cipayos, diez anjuanese y trece africanos; nueve proceden de la institución de

Nassik; dos son naturales de Choupango (orillas del Zambese) y dos son áсахons.

22 de marzo.—Habiendo salido el 19 á las diez de la mañana, hemos llegado hoy á la bahía del Rovuma, donde hemos fondeado á tres ó cuatro kilómetros del río. En esta estación baja una poderosa corriente de la desembocadura, é inútilmente ha tratado el buque de remolcar el daón.

He ido á la orilla izquierda con Mr. Fane, para ver si podríamos conseguir que pasaran los camellos; pero hemos hallado tres torrentes formidables, y un bosque tan espeso, que apenas se podrá penetrar en él; más léjos había un fango endurecido, cubierto de raices, y varios riachuelos bordeados de una arena movediza, donde se hundía el que trataba de pasar. El daón, aprovechando una brisa favorable, ha remontado entre tanto hasta cerca de la orilla derecha; pero tocó fondo á la distancia de una milla del punto donde acaban los nopales que tanto abundan en aquellos sitios; y el pantano es cada vez peor á medida que uno se aleja del río.

*
**

24 de marzo.—Había pensado desembarcar en la faja arenosa que hay á la izquierda de la bahía, para informarme de los indígenas. El comandante del *Pingüino* ha opinado que era mejor dirigirnos á Quiloa, pero el capitán del daón ha protestado altamente contra esta determinación, recomendándome con insistencia la bahía de Mikandani, inmediata al país que deseo visitar. He seguido este último consejo, y esta tarde están ya todos mis animales en la playa, á cuarenta kilómetros al norte del Rovuma.

25 de marzo.—He alquilado una casa por cuatro duros. Los animales han padecido mucho por el movimiento desor-

denado del daón, y mientras se recobran, vamos á construir unas sillas para los camellos y á componer las albardas de los mulos y de los asnos.

30 de marzo.—El puerto de Mikindani afecta un poco la forma de un corazón; la barra no tiene más de cien metros de anchura. Varias ruinas de construcción árabe, de piedra y cal, demuestran que aquellos parajes fueron frecuentados desde remota época. Las gentes que allí habitan comercián un poco con el copal y la orchilla: un empleado de la aduana de Zanzíbar es el encargado de percibir los derechos, que son sumamente ínfimos, y un djemadar (jefe militar) es la primera autoridad.

*
**

4 de abril.—En el momento de partir, uno de nuestros búfalos ha maltratado tan cruelmente á un asno, que ha sido preciso poner fin á los padecimientos de este animal. Después hemos limado los cuernos del agresor, siguiendo en esto el principio de aquellos que cierran la cuadra cuando les han robado ya el caballo; terminada la operación, nos hemos puesto en camino, llegando á poco á la morada del djemadar. Este último ha manifestado con mucho calor que deseaba serme útil; y entre tanto me ha dado alojamiento en una miserable caseta, donde penetraba el viento y la lluvia; después me ha engañado diciéndome que no encontraría conductores entre las tribus vecinas, mentira que han confirmado los suyos. Estas gentes son viles árabes de la costa, mestizos con tres cuartos de africano, y que, como siempre, tienen los defectos de ambas razas sin ninguna de sus buenas cualidades.

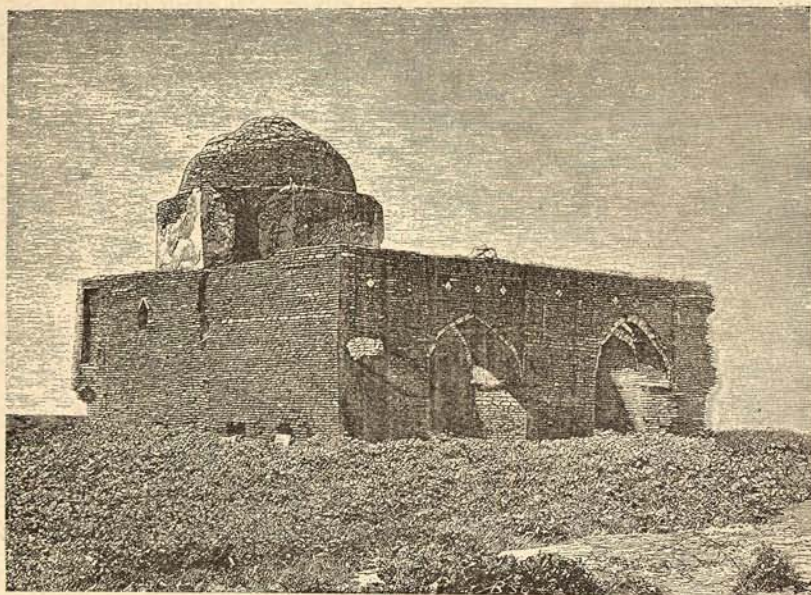
10 de abril.—Acabo de llegar al burgo de Narvi, situado á los 10° 23' 14" de latitud meridional. Nos dirigimos poco

más ó menos por el sur, siguiendo valles, de los que salimos muchas veces para trepar acto continuo por alguna cuesta. En las alturas hay varios pueblos; no se vé agua corriente, los habitantes la toman de sus cisternas.

11 de abril.—Nos dirigimos siempre por el sur y continuamos subiendo, el

terreno es muy fértil y tiene mucha arena; no se vé ninguna roca. El sorgo y el mahíz abundan mucho; la yuca se desarrolla vigorosamente y tiene hasta siete ú ocho piés de altura.

*
**



MIRINDAN

Encontramos muchos bambúes arrancados que se han esparcido por la tierra después de quemarlos para que sirvan de abono.

13 de abril.—Hoy comenzamos á bajar por la pendiente que conduce al Rovuma, de vez en cuando entreveíamos el país, que parece cubierto de grandes bosques de un verde oscuro; las ondulaciones tomaban á veces el aspecto de colina; y acá y allá veíase algún árbol cuyas hojas tomaban un tinte amarillento.

15 de abril.—He llegado ayer al Rovuma: dedicamos el día de hoy al descanso por ser domingo.

16 de abril.—Hoy nos encaminamos hácia el oeste, costeano la orilla recordada de una meseta que flanquea el río por derecha é izquierda. A lo léjos se distingue una série de colinas, que parecían encerrar el Rovuma. Unas veces doblamos los promontorios y otras los franqueamos. Aquí abunda mucho la madera para quemar. El sendero conduce de un pueblo á otro y describe numerosas curvas.

Siempre acabamos por llegar á jardines, donde abunda el arroz entre otros cereales. Es preciso que en la estación sea grande la humedad para que aquel

prosperare. Las cosechas se resienten ahora de la sequía.

17 de abril.—Yo había mandado á los cipayos que tomaran los menos bagajes posibles; pero no sólo van cargados los búfalos, sino también los mulos y los asnos; de tal manera, que acabarán por matar á los pobres animales.

*
* *

Después de hacerles esta observación, ocultaron una parte de sus efectos en los paquetes de los camellos, que á su vez iban sobrecargados. Yo quise llevar estos últimos, así como los búfalos, para juzgar del efecto que produciría en ellos la picadura de la tsetsé. Creo que no me será posible hacer el experimento por culpa de los conductores.

19 de abril.—He caminado sobre la meseta y bebido agua fresca por primera vez desde que comencé el viaje.

Los indígenas de aquí muestran mucho empeño en servir de leñadores y trabajan muy contentos. Creo que lo hacen animados por el deseo de complacer á sus mujeres con un poco de tela; yo les doy á cada cual un metro por día. Cuanto mas remontamos el Rovuma, mas pintados están los indígenas: tienen los dientes limados en punta, y las mujeres llevan grandes anillos en los labios.

La tsetsé ha picado de nuevo á los búfalos; vive á expensas de los hipopótamos, de los elefantes y de los jabalíes, única caza que se encuentra en el país. A consecuencia de haber robado un conductor una camisa, emprendiendo la fuga acto continuo, sus compañeros han ido en su seguimiento, dándole alcance en su propia caseta. Reunidos los individuos mas ancianos del pueblo, han condenado al culpable á pagar una multa cuyo valor sea cuádruple al del objeto robado. Es el primer robo que he visto,

y la manera de castigarle aquí, prueba cuando menos un gran fondo de equidad natural.

*
* *

26 de abril.—Me he quedado en Narri para comprar víveres, porque mas allá no abundan tanto. Los indígenas se han apresurado á vendernos harinas, huevos, aves y miel. Las mujeres del país son muy toscas.

He sorprendido ayer á un cipayo que descargaba fuertes golpes sobre un camello con un palo tan grueso como mi brazo; el pobre animal no podía adelantar, y el hombre pegaba siempre. Le he gritado que no maltratara al animal; pero ya era tarde; el animal no podía moverse hoy, y me ha sido forzoso dejarle en Narri, bajo la protección del jefe.

29 de abril.—He pasado el domingo á orillas de Rovuma, frente al primer pueblo de los Matambonés, que parecen constituir una tribu importante de los Makoundés. Su país se extiende á lo lejos hácia el sur, y está poblado de elefantes y árboles del copal; he ido á ver uno de estos situado cerca del pueblo: sus hojas están apareadas y tienen un color verde brillante, con las nerviaciones salientes en ambas caras; las ramitas divergen, partiendo del mismo punto; el fruto, del cual hemos visto solo la cáscara, parece consistir en una nuez; pero algun animal había roído lo que contenía.

En el sitio donde se hiere la corteza de las ramas aparece al punto la goma, que se vierte rápidamente en el suelo. Los habitantes registran los alrededores de los árboles modernos, con la idea de que los de otro tiempo, que expelieron su goma antes de que esta fuera un artículo de comercio, deben ocupar el mismo sitio. «Hay días, me dijo un indígena, en

que no se encuentra nada, pero el *Mounngou* puede daros al día siguiente lo que no encontrásteis la víspera.» Todos aprobaron sus palabras; y aquí veo la prueba de que admiten la existencia de Dios.

*
* *

30 de abril.—Mis camellos están cubiertos de llagas, y vuelven del todo ensangrentados, con heridas que no han podido producirse solo por el frotamien-

to contra los árboles. Supongo que han sido objeto de malos tratamientos.

Los mulos y los búfalos están pocas ó menos en el mismo estado; pero no me es posible tenerlos siempre á la vista para que no les peguen.

Aquí fuman los indígenas tabaco y no cáñamo. Por lo que hace á los animales de corral, no se ven mas que gallinas, palomas y gansos: no hay cabras ni carneros. La miel se vende barata: un gran tarro de cuatro litros y medio y cuatro pollos no me han costado mas que dos varas de percal.

CAPITULO SEGUNDO

IMPRESIONES HALAGUEÑAS—CAMBIO BRUSCO

DÍA 1.º de mayo. — Cruzamos ahora por un país relativamente libre. Es un placer abarcar con la mirada el paisaje que nos rodea, aunque está casi cubierto por grandes masas de follaje, en general de un verde oscuro; casi todos los árboles tienen sus hojas del tinte de las del laurel, y de la misma consistencia.

*
* *

2 de mayo.—Nos acercamos á las montañas y reconocemos el Liparón, cuya forma tubular me había llamado la atención en nuestro primer viaje. Puede tener de setecientos á ochocientos piés de altura; de la base occidental se escapa una corriente formando una laguna en la pradera que bordea el Rovuma; numerosos árboles cubren con sus raíces las orillas pantanosas, que forman como una alfombra, pero en algunos sitios se hunde el viajero hasta los hombros. Hemos tapado estos pozos con ramaje y hojas, á fin de poder descargar á los animales y conducirlos por la mano.

3 de mayo.—Acabamos de hacer alto en un pueblo makoá, cuyo jefe es una mujer: estos indígenas se reconocen con facilidad por llevar pintada en la frente,

ó en cualquier otra parte, una media luna.

Una mujer, que tenía el aire de matrona, se acerca á mí para ofrecerme harina, mientras que otras daban de comer á mis hombres, sin recibir nada en cambio; la que me daba la harina, no pensaba, pues, venderla, y por esto la dije me la enviase con su marido á fin de comprársela.

Muchos makoas se pintan la cara de modo que forman un conjunto de numerosas líneas de una media pulgada de largo; hecha la incisión, introducen carbón, y oprimen las carnes de modo que obtengan una cicatriz en relieve, lo cual comunica al semblante un aspecto hediondo.

*
* *

4 de mayo.—Numerosas moscas de gran tamaño pican á los búfalos; la sangre que corre de las heridas tiene un color arterial. El individuo mas pequeño presenta una inflamación en el ojo izquierdo, y tiene el bacinete hinchado; otro está enfermo por habersele cargado excesivamente.

Los camellos no parecen experimentar los efectos de las picaduras de las mos-

cas, pero sus espantosas llagas y los malos tratamientos agotan sus fuerzas. En los mulos y los asnos no observo ningun síntoma de la tsetsé.

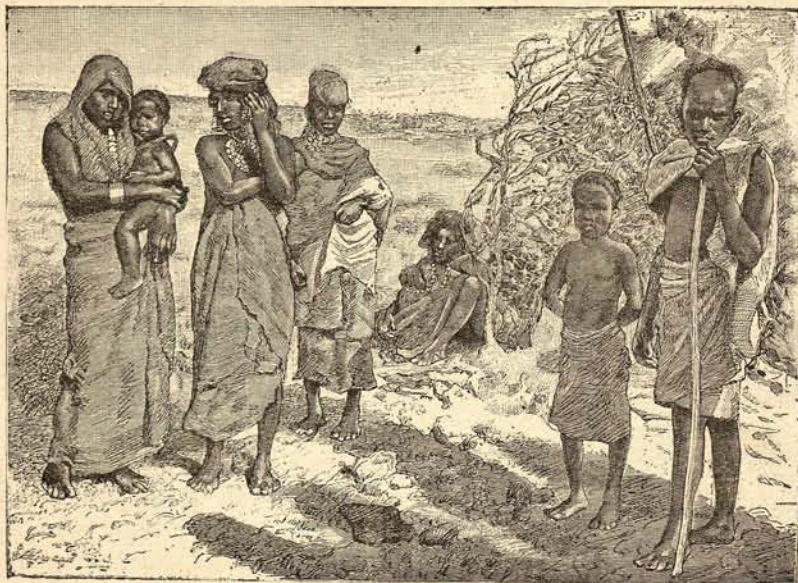
Veo desde aquí la última de las séries de colinas que flanquean el río por el norte. Frente á nosotros hay una llanura de donde surten picos graníticos.

En Nijamma, donde hemos pasado la noche, había una doctora que tenía el don de hacer llover á su antojo, segun decía ella. Me ha dado un gran cesto de

grano, llamándome la atención su airosa presencia. Es alta, bien parecida, de formás perfectas y piés pequeños; está muy pintada, y hasta en los lábios se ven dibujos muy finos, así como en la parte superior del cuerpo: en este país no se conoce el pudor.

*
**

Dejando atrás la extremidad de la cadena, y dirigiéndonos siempre al oeste,



UNA FAMILIA ARABE

encontramos primeramente una arenisca endurecida por el fuego, y despues masas graníticas, como si la fuerza ígnea que produjo el metamorfismo parcial de la arenisca hubiera recibido en aquellas masas. Además de esto, el granito ó la sienita aparecen cubiertos de estrías, cual si la roca se hubiera fundido.

Con el cambio de estructura geológica varía la vegetación; en vez de los árboles de laurel del terreno precedente, encontramos acacias y mimosas; las yerbas

no son tan altas, y podemos caminar sin valernos del hacha.

6 de mayo.—Vuelve á molestarnos la tsetsé: nuestros animales parecen soñolientos; el búfalo mas jóven tiene el ojo turbio, y cuando el insecto le pica, sale de la piel un chorro de sangre de un color rojo escarlata. Estos naturales parecen inteligentes: sería curioso conocer sus ideas, y saber que han aprendido en su comunión con la naturaleza durante tantos siglos. Su manera de ser no re-

cuerta en nada ese desj recio de la vida humana, de que vemos tantos ejemplos en las crónicas de las tenebrosas edades de nuestra historia; pero no llevo intérprete, y aunque puedo entenderme con ellos para las cosas ordinarias, esto no es suficiente.

*
* *

7 de mayo.—Uno de los camellos ha muerto la noche pasada; esta mañana tiene convulsiones uno de los búfalos; temo perderle, así como un mulo y otros camellos. La crueldad de los cipayos me impidió hacer mis experimentos; pues cuando no estoy con esos hombres, se detienen; y mientras fuman, dejan á los pobres animales al sol sin descargarlos. Los cipayos no quieren hacer ningun esfuerzo, ni aun llevar sus sacos ni sus cinturones: solo piensan en comer, para lo cual tienen sorprendentes facultades. El clima no aguijonea el apetito; mas á pesar de ello, estos hombres devoran el alimento, atracándose hasta que no pueden mas; y cuando lo han vomitado todo, se purgan y vuelven á comenzar.

No hemos recorrido menos de seis á siete kilómetros diarios: los animales han permanecido á menudo ocho horas al sol con toda su carga. Es un perjuicio llevar de escolta á semejante gente.

9 de mayo.—He dejado ayer en Lippondé á los cipayos y los animales, á fin de atravesar rápidamente el punto donde no hay víveres, para enviarlos á buscar luego al sur y al oeste; cuando los segundos hayan descansado me los traerán.

He marchado con los anjoaneses y veinticuatro conductores, y me complace mucho alejarme de los otros hombres. Al cabo de una agradable marcha de ocho horas, llegamos á Moidala, donde pasaremos la noche. Siempre es la roca

de sienita la que encuentro en estos parajes.

*
* *

Los Mazitous (tribu guerrera) han cruzado por el país cual una nube de langostas; y como si esto no fuera bastante, los campos se resienten de una de esas sequías inexplicables, á que están sujetas ciertas partes del país, muy extensas algunas veces.

Los cañaverales que nos fatigaron tanto cerca de la costa, no existen aquí; la yerba está seca; muchas plantas han muerto, y los árboles carecen de hojas. Todos los arroyos que hemos franqueado son verdaderos torrentes, cuyo lecho arenoso está en seco, y donde los indígenas practican agujeros para obtener agua.

11 de mayo.—Difícil es hacer adelantar á los conductores, que caen de inanición.

*
* *

14 de mayo.—En Matahonatahona se ha acercado á mí una mujer de rostro muy pintado, aunque de facciones agradables; llevaba en la mano un ramito de sorgo, y lo ha depositado á mis pies, diciendo: «Yo os he visto aquí antes.» Al mismo tiempo señalábame la punta del río donde estuvimos en 1862, cuando regresábamos. Recordé entonces que había mandado que se detuviera el barco allí, para recibir la cesta con alimentos que nos traía una mujer, cesta que fué entregada á uno de mis hombres sin que la donadora quisiera recibir nada. A veces se hacen estos regalos con la esperanza de que reportarán mas que su valor; pero es grato tener la prueba de que siempre no sucede así.

Hoy nos ha sido preciso detenernos

después de una marcha de poco menos de dos horas; habíamos llegado á la morada de Hassani; y en el mismo momento, la hija de éste retiraba del fuego una olla llena de habichuelas. Hassani nos la regaló, y al invitarle á tomar parte, contestóme: «Sois extranjero; yo estoy en mi casa, y puedo comer otra cosa.» Así como todos los jefes, pasa por ser doctor, y doctora su mujer que es una vieja muy robusta, madre de cuatro hijos.

15, 16 y 17 de mayo.—En estos días han sido muy cortas las etapas, porque aguijoneaba el hambre: he cruzado el Rovuma y el Loendi con la esperanza de encontrar víveres.

*
* *

18 de mayo.—El país está completamente seco; la yerba y las hojas son amarillas y se rompen bajo los piés. Ante estas plantas muertas abundan los tallos de una especie de acacia herbácea que se cría cerca del agua, lo cual prueba que en otro tiempo no faltaba aquí; las huellas impresas por los piés de los hombres, que sin duda caminaban sobre el cieno endurecido ahora, demuestran que este terreno abrasado ha sido fangoso.

19 de mayo.—El Loendi es indudablemente el brazo principal del Rovuma; pero no tiene tanta anchura: mide unos doscientos piés; mientras que la del Rovuma llega á doscientos cincuenta. Ambas corrientes rápidas y poco profundas, presentan numerosos islotes, rocas y bancos de arena; las recorren algunas pequeñas canoas, que los ribereños se jactan de conducir hábilmente en este ejercicio; no son las mujeres inferiores á ningun hombre.

*
* *

27 de mayo.—Acabo de enviar á un hombre hácia el Oeste, para que compre víveres; pero vuelve con las manos vacías.

Todos están acordes en reconocer que el país que se extiende al poniente es tan montañoso, y se halla tan infestado por los Mazitous, que es imposible tomar esta dirección. Nadie podría figurarse cuánto es el terror que inspiran los hombres de aquella raza; apenas se divisan sus escudos, todos los habitantes de un pueblo emprenden la fuga como un rebaño de ovejas espantadas por la presencia del lobo.

Los Mazitous llevan consigo sus familias, sus vacas y sus cabras, y toda la tribu vive del saqueo; no se detienen en los puntos donde sus bueyes podrían ser víctimas de la tsetsé.

*
* *

5 de junio.—He pasado cerca de un pueblo donde se acaba de cosechar el sorgho, que está completamente maduro; las espigas se han alineado cuidadosamente para secarlas, y para que el viento no las desgrane, al dispersarlas. Muchos tallos no han dado grano, pero son muy dulces, y los indígenas los mascan cual si fuera caña de azúcar. Este alimento los engorda; pero no durará mucho tiempo, y pronto se dejará sentir el hambre. Para evitarla hacen estas pobres gentes cuanto pueden; plantan habas, habichuelas y maíz en los sitios donde lo permite el terreno.

6 de junio.—Acaba de recibirnos Makotchera, el jefe más importante del país, feliz mortal de una fealdad notable, que no corresponde á la amabilidad de su sonrisa; su frente, muy baja, está cubierta de profundas arrugas; la nariz es muy ancha, la boca grande y el cuerpo muy flaco.

Ha sido cazador de elefantes, y cultiva la poesía; mas no he podido decidirle á que nos dé una prueba de su talento.

Makotchera opina que Dios no es bueno, y da como razón que mata mucha gente.

*
* *

9 de junio.—Nos dirigimos siempre por el Oeste: el terreno sube gradualmente, á medida que avanzamos. Después de haber atravesado un bosque, vemos grandes masas de granito ó de sienita: la roca está cubierta de una planta, cuya corteza se desprende en varios sitios, rizándose como las tiras de papel que se acercan á la luz de una bujía.

Estas colinas parecen de un color gris claro, que se cambia en negro en varios sitios, y, más lejos, en un tinte azul oscuro. El terreno es duro y pedregoso, pero está revestido de diversas plantas y de abundante yerba.

10 de junio.—La marcha ha sido muy penosa, siempre por el mismo país. No se vé vivienda alguna; he pasado junto á un hombre que acaba de morir de hambre.

*
* *

Entre el pueblo de Makotchera y la estación siguiente está la colina de N'goso; no se encuentra el agua sino bajo la capa arenosa de los arroyos secos. El primer indicio que hemos tenido de que nos acercábamos á la morada del hombre ha sido la presencia de una mujer pequeña, aunque muy graciosa, que sacaba agua de una cisterna.

Yo iba entonces solo; la mujer se arrojó á mis piés y me alargó su vasija llena de agua, elevándola con ambas manos.

13 de junio.—Estos indígenas se pintan, sólo con el objeto de adornarse, y á fin de parecer más bellos cuando danzan;

pero sus adornos parecen tener algo de heráldicos, pues apenas los ven las gentes del país, dicen sin vacilar á que tribu pertenecen los individuos.

Los Metamboués y los Makoundés llevan signos que recuerdan completamente los dibujos del antiguo Egipto, predominando, entre otros, las líneas onduladas, tales como las que hacían los antiguos para representar el agua. El hijo adopta siempre la marca del padre, y así es como se perpetúan los antiguos símbolos, aunque parezca que no se comprende ya su significación. Los Makoas llevan la media luna, ó casi la luna llena; más para ellos no significa más que un adorno. Los dibujos azules ó negros se destacan vivamente sobre la piel de los indígenas que la tienen de un tinte más claro.

Los Makoundés y los Metamboués se liman los incisivos hasta que formen punta. Los Matchingas dejan un gancho en ambos lados del diente, y se arrancan uno de los incisivos medios.

*
* *

14 de junio.—Mis conductores me han abandonado, por el temor de que se les considere como esclavos cuando vuelvan á su país. Espero otros, y héme aquí tan dependiente de los naturales como si no hubiese traído animales de carga: pobre asunto es éste para llenar un diario.

16 de junio.—He oído tenebrosos relatos acerca del país que vamos á visitar.

Necesitaremos tres ó cuatro días para llegar á Mtarika, y luego diez días á través del bosque para descansar en Mataka. En el primero de estos pueblos hay gran escasez; pero en el segundo, inmediato al lago, reina la abundancia.

19 de junio.—He pasado hoy junto á una mujer atada á un árbol por el cuello, y que ya estaba muerta. Los naturales



ORILLAS DEL ROVUMA

del país me han dicho que aquella infeliz no pudo seguir á una caravana, y que el jefe de ella, no queriendo que llegase á ser propiedad del que la encontrara, si se recobraba con el descanso, resolvió atarla de aquel modo, ocasionándole la muerte. Habláronme de otra, que fué

muerta, por la misma razón, á cuchilladas ó de un balazo. La respuesta, cuando pregunto la razón, es siempre la misma: furioso el amo por la pérdida de su dinero, desahoga su cólera dando muerte al esclavo ó la esclava que no pudo continuar caminando.

*
* *

20 de junio.—Hemos vuelto á Metaba, donde nos ha dicho el jefe que sólo él tenía grano para vender. Los árabes le han abastecido de pólvora y percal, resultando de aquí que para obtener víveres me ha sido forzoso cederle nuestras mejores telas y los objetos que más le agradaron; pero en el momento de marchar me ha dado la mejor comida que pudo.

22 de junio.—Ayer me presentaron un niño que padecía de un tumor en el ano; su madre, que había recorrido una larga distancia para consultarme, le sostenía en el brazo derecho, mientras que con el izquierdo daba de mamar á otro, y llevaba dos cestos en la cabeza. Cada vez que nos deteníamos se reconocía su amor maternal por los cuidados que prodigaba á su hijo.

23 de junio.—El país está cubierto de bosques, donde se puede caminar más libremente que en la región anterior. Ahora estamos á unos doscientos metros sobre el nivel del mar. Todos los indígenas cultivan maíz á orillas del Rovuma, así como en las islas, cuyo terreno es menos seco; están provistos, en su mayor parte, de fusiles, pólvora en abundancia y una buena cantidad de bonitas cuentas de vi-

drio; las que ostentan en sus adornos son rojas, y las ensartan en su mismo cabello; también llevan collares de estas cuentas, y asimismo se liman los dientes en punta.

*
* *

24 de junio.—Se ha celebrado el servicio divino por la mañana, ante un gran número de espectadores. Los indígenas creen en el Sér Supremo, aunque no lo invocan. Predominan los vientos fríos del Sur: la temperatura es de $+ 12^{\circ}$, 5.

Uno de los mulos está enfermo, siempre por culpa de los cipayos. En esta región no se conoce la costumbre de hacer cocer las ollas con piedras calientes; pero se utilizan á guisa de horno las construcciones de los térmitas, practicándose agujeros para asar el pié del elefante, la giba del rinoceronte y la cabeza de la cebra.

25 de junio.—Desde el pueblo de Tchirikaloma nos hemos trasladado al de Namolo, abandonado por sus habitantes esta mañana, pues van á establecerse con los Metamboués, donde no les faltan víveres. Han dejado en una caseta á una pobre niña demasiado débil para seguir á los emigrantes: sin duda será una huérfana.

CAPITULO TERCERO

HORRIBLES DETALLES DEL COMERCIO DE ESCLAVOS.—AGRICULTURA Y GEOLOGIA.



o se encuentra nada de comer. Cerca de muchos pueblos se ve una especie de varilla, cuyas dos extremidades están fijas en tierra de modo que aquella forme un arco, debajo del cual se han enterrado numerosos talismanes, consistentes los más en pedazos de corteza. Cuando reina alguna epidemia en el distrito, los hombres van en peregrinación al sitio donde está el arco, lávanse repetidas veces, pasan después arastrándose por debajo de la varilla, enterrándola luego en el sitio donde se halla. Creen que así sepultan la maligna influencia que les amenazaba.

Procédese del mismo modo para alejar á los malos espíritus, á las fieras y á los invasores. He preguntado como se trataba á los albinos en el país, y me han dicho que se les dejaba vivir; pero que nunca llegan á la edad del hombre.

Habiendo preguntado al mismo indígena si había oído hablar de los hombres que comen carne humana y tienen cola, contestóme: «Ciertamente; pero siempre he comprendido que estas monstruosidades, así como las otras, no existen sino entre vosotros los que vais por el mar.»

*
**

26 de junio.—Ha muerto mi último mulo.

Esta mañana, al pasar por la inmediación de una caseta, nos ha llamado una mujer de buen aspecto, que llevaba al cuello la horquilla de los esclavos, amonestándonos para que fuéramos testigos de las violencias de que era objeto. Había en su voz tal acento de autoridad, que todos mis hombres se detuvieron al pronto, acercándose despues á ella para escucharla. Entónces nos dijo que era parienta de Tchiri-kaloma, y que cuando iba á reunirse con su marido, más allá del río, el viejo que la guardaba cautiva se había apoderado de ella, separándola de su criada para someterla despues al estado de degradación en que se hallaba entónces. El viejo contestó que aquella mujer huía, y que Tchiri-kaloma se hubiera enojado contra él si no la hubiese detenido.

Como yo había observado que rondaban por las inmediaciones ciertos individuos que tenían todo el aire de cazadores de esclavos, no dudé que el viejo se hubiera apoderado de aquella mujer para venderla. Dí un metro de tela al raptor para que pagase á Tchiri-kaloma, si este último se daba por ofendido, y le rogué dijera al jefe que avergonzándome de ver á una de sus parientas con la horquilla al

cuello, la había libertado, y se la llevaba á su marido.

Evidentemente era aquella mujer de elevada condición, pues no sólo lo indicaban sus maneras, sino también sus adornos de cuentas de vidrio ensartadas en crin de elefante. No le faltaba tampoco energía, porque, apenas estuvo libre, fué valerosamente á buscar su cesta y su calabaza á la choza del raptor. El ama de aquella vivienda, que era una vieja con aspecto de hombre, encerró á la mujer y quiso arrebatársela sus abalorios; pero ella se defendió con tesón. Mis hombres hundieron entonces la puerta de la choza, para que saliese nuestra protegida, y al verles la vieja, comenzó á gritar como un energúmeno, deshaciéndose en invectivas y denuestos. Yo no pude contener la risa; mi protegida soltó también la carcajada, y se vino con nosotros, pero quedándose sin su criada.

*
**

27 de junio.—He visto á un hombre muerto de inanición; y casi reducido al estado de esqueleto. Uno de mis hombres, que se apartó del camino, ha visto varios esclavos con la horquilla al cuello, y abandonados por el comprador á causa de haber faltado el alimento; apenas tenían fuerza para hablar, y algunos eran muy jóvenes.

Los más de los indígenas parecen muy confusos cuando les digo que los esclavos que se encuentran sin vida en los caminos han sido muertos por el que los compró.

Los jefes se echan la culpa unos á otros; pero bien pronto no tendrán ya ninguno que vender, y su país se transformará en espeso bosque, porque aquellos que quedan con vida entre los suyos irán á cultivar los campos de los árabes: no ceso de repetirles todos los días lo mismo.

28 de junio.—Pasando de pueblo en pueblo, hemos visto que todos están abandonados: los naturales de Tchenyeouala nos han dicho que tomemos todo cuanto quisiéramos; y como mis hombres carecían de víveres, han cogido en los huertos algunos puñados de habichuelas, habas y tallos de sorgho verde, aunque éste es un pobre alimento.

Akosakoué, la mujer que hemos salvado de la esclavitud, acaba de llegar á la vivienda de su esposo, que es hermano de un jefe. He podido reconocer que era de buena familia, y durante todo el camino se condujo como una verdadera señora. Separábase de nosotros para dormir, encendiendo un fuego en otra parte; nos prestó muchos servicios, entre otros el de ir á comprar nuestros víveres, pues obtenía doble cantidad por el mismo precio.

*
**

Refirió á su esposo con mucho calor cuál había sido nuestra generosa conducta, y pidióle para nosotros, víveres. Al despedirse, expresónos que su reconocimiento sería eterno.

Acabamos de encontrar á otra mujer muerta, que también había sido atada á un árbol; cualquiera que sea el motivo del delito, espanta contemplar estos horrores. Se encuentran en el camino tantas horquillas de esclavos, que todo induce á creer que los habitantes libertan á los cautivos y los guardan para volver á venderlos: esto explica su riqueza en percal.

1.º de julio.—A medida que nos acercamos al pueblo de Mtarika, el país es cada vez más montañoso; sobre una profundidad de mil quinientos metros al sur del Ravuma, hácia el cual se inclina, habita una numerosa población.

El río, que tiene aquí una anchura de cerca de cien metros, ofrece siempre el

mismo aspecto, es decir, el de una corriente rápida, que encierra bancos de arena é islas, por lo general habitadas.

2 de julio.—Acampamos en la antigua residencia de Mtarika, donde hemos obtenido suficientes víveres para comer una vez al día; pero es preciso pagarlos con nuestra mejor tela de color.

*
**

Somos objeto de muchas miradas; los habitantes parecen muy curiosos, y á veces, son hasta groseros. Todos los indígenas que vemos desde hace cuatro días, y los que hallaremos desde aquí al lago, son de la misma nación. El búfalo, el único asno que me queda, y mi perro, excitan la misma curiosidad, provocando tantas carcajadas como mi persona.

3 de julio.—Al cabo de una breve etapa llegamos á la residencia de Mtarika. Antes de presentarse este jefe, ha tomado sobre nosotros todos los informes posibles. La población es muy numerosa; los habitantes forman nuevos jardines, practicando grandes zanjas para separar las tierras que deben cultivarse.

5 de junio.—Salimos hoy en dirección al pueblo de Mtandé, y necesitaremos por lo ménos, ocho días de marcha para llegar al país de Mataka.

He visto en el camino los huesos calcinados de un individuo acusado de antropófago; obligado á beber el veneno, cuyo efecto suministró, sin duda, la prueba del crimen, quemaron despues al culpable al borde del camino, colgando sus ropas de las ramas de un árbol, para que sirviese de ejemplo á los demás.

7 de julio.—Predomina la vegetación de las altas tierras; acá y allá se ven árboles entre matorrales de cinco piés de altura; abundan aquí mucho unas flores azules y amarillas.

*
**

8 de julio.—La marcha ha sido muy fatigosa, á través de un país despoblado, la yerba es muy espesa y abundan los árboles. El terreno es en algunas partes síliceo; y en otras arcilloso y rojizo.

9 de julio.—Acabamos de acampar en un lugar salvaje, cerca del monte Lesiro: rugen muchos leones en los alrededores; uno de ellos nos ha dado una ronca serenata durante toda la noche, pero á esto se ha reducido todo.

11 de julio.—No ocurre nada de notable; siempre sentimos la misma fatiga, pues los alimentos escasean de tal modo, que apenas hay para una ración diaria de grano. Se ven muy pocas aves, aunque no les falta que comer, ni tampoco agua, porque hay un arroyo en cada repliegue del terreno.

13 de julio.—Muchos de mis hombres se han quedado atrás, mientras yo sigo adelante con los otros para buscar víveres y enviárselos. He repartido ayer el poco arroz que me quedaba.

La marcha es muy penosa, pues subimos y bajamos á cada momento.

He contado hasta quince arroyos y otros tantos valles separados por cadenas de colinas.

Llegados á la cima de una rampa, que se halla sólo á una hora de los campos de Mataka, nos ha sido imposible ir más lejos. Algunos hombres marcharán mañana al rayar el día para buscar víveres, porque todos están tan fatigados, que ninguno ha querido moverse ahora.

14 de julio.—A las ocho no habían llegado aún los mensajeros, y he ido en su busca á fin de averiguar el motivo. Al cabo de una hora de marcha, y al bajar por la rápida pendiente que domina los primeros cultivos, he visto á mis hombres, que se sobresaltaron al presentarme yo. Habían encendido fuego y estaban ha-

ciendo caldo. Envié alimento á los demás y continué mi camino.

*
**

Moemmbé, el pueblo de Mataka, está situado en un alto vallerodeado por montañas; hay, por los menos, unas mil casas, y el distrito es muy populoso.

Mataka es un hombre de unos sesenta años, que viste al estilo árabe; tiene un rostro agradable, y carácter alegre. Jamás había visto un blanco. Dióme por alojamiento una casita cuadrada, que es la forma más general de todas, pues allí se imita á los árabes en cuanto es posible. La yuca, que se cultiva en gran escala, comunica al pueblo un aspecto agradable.

Estamos aquí á unos ochocientos cincuenta metros sobre el nivel del Océano; el aire es sumamente fresco; y por eso se encuentran muchas personas costipadas.

16 á 28 ds julio.—Rodean al jefe muchos curiosos, los cuales aprueban todas sus palabras con carcajadas ruidosas. Un día me preguntó Mataka, que en el caso de ir á Bombay, que debería hacer para ganar mucho dinero. Yo le contesté que lo mejor era llevar marfil. «¿Y no se haría con los esclavos mejor negocio? me preguntó.

«Vender un hombre en Bombay, repliqué, os conduciría á la cárcel.» La idea de que el gran Mataka pudiera estar preso, hizo fruncir el ceño al jefe; y esta vez no se rieron sus oyentes.

*
**

Entonces le dije lo que harían mis gentes de mi nacióu en un país tan rico como el suyo, le hablé de los caminos de hierro, de los buques y de la labranza con bueyes. Esta última idea pareció lla-

marle la atención, por creerlo realizable para sí.

«Me hubiera gustado, le dije, dejaros algunos de mis hombres para enseñaros á construir carretas y otras muchas cosas; pero ni uno solo se quiere quedar, por temor de ser vendido.»

Mataka ve ahora á que conduce el tráfico de los unos por los otros, y trata de evitarle; pero los aiahous son aun los proveedores mas activos de los tratantes.

Llegan estos á los pueblos, mostrando las mercancías que tienen de venta, y no quieren admitir en cambio sino esclavos; acto continuo se organiza una cacería, y provistos de armas de fuego por los árabes, los aiahous caen sobre los mannganyas, que carecen de fusiles. Así es como se abastecen los mercados; las excursiones continúan y los raptos se multiplican. Al nordeste de Moempé hay, por lo menos, ochenta kilómetros de terrenos fécondos, desiertos hoy, donde se ven á cada paso vestigios de una numerosa población, que fundía el hierro y cultivaba la tierra; por todas partes se encuentran los tubos de arcilla de los pueblos empleados en las fundiciones; los surcos donde se plantaba el maíz aparecen tan próximos entre sí, que se pisan á la vez dos, recorriéndose de este modo considerables distancias.

Un gran número de vasijas rotas, adornadas con figuras sobre asuntos de montería, indican que los habitantes de aquel tiempo seguían el ejemplo de sus abuelos.

Estos ornamentos son primitivos, pero su dibujo mejor de lo que pudiera espararse.

*
**

28 de julio.—Nos proponíamos marchar hoy; pero Mataka nos ha dicho: «No estoy preparado aún; el grano no está molido todavía, y no os he dado carne.»

Casi todos los días nos ha enviado abundantes alimentos cocidos. Esta mañana me preguntó si quería llevarme el buey que me destinaba, ó matarle aquí, y he preferido lo último.

Mataka vino despues con dos guías, á fin de conducirnos al Nyassa, trayéndonos al propio tiempo una buena cantidad de harina que habia mandado moler para mí. Nos ha dicho que su territorio, llamado Moembé, se extendía hasta el lago, y que no quería dirigirnos á Lossehova, porque el pueblo ha sido saqueado recientemente é incendiado despues.

El país se compone sólo de montañas: al salir del pueblo nos hemos elevado mucho, y al fin de la marcha, cerca del pueblo de Magola, el barómetro indicó unos tres mil cuatrocientos piés sobre el nivel del mar: es la mayor altitud á que hemos alcanzado hasta aquí.

Por todas partes se ven pueblos, compuestos los más de unas cien casas. Aquí se utilizan los arroyuelos, se sanean los parajes húmedos y aprovechan las aguas corrientes para el riego de los terrenos inferiores. La mayor parte de las fuentes revelan la presencia del hierro de que están cargadas.

*
**

En muchos campos abundan los guisantes en flor; el número de árboles grandes es reducido; pero hay yerbas y flores en todos los puntos elevados, cerca de las corrientes. Las cimas de las montañas pueden estar á dos ó tres mil piés sobre el nivel de las vertientes que franquea nuestra pequeña caravana, ba-

jando y subiendo de continuo por las rápidas pendientes que forman el país.

Si se examina rápidamente la geología de la región anterior, se ve que las mesetas que se elevan de cada lado del Rovuma, presentan grandes masas de arenisca de color gris, cubiertas de un conglomerado ferruginoso, que, segun parece, depositaron las aguas. Cuando se ha remontado el rio en el espacio de unas cuarenta millas, encuéntrase en la superficie del suelo al pié de las pendientes que surgen de las mesetas, numerosos pedazos de madera cuarzosa, lo cual es en África indicio cierto de la presencia de la hulla.

Antes de llegar á la confluencia de los dos rios, á unas noventa millas de la costa, reemplaza á las mesetas un terreno más bajo y unido, que presenta masas graníticas de quinientos á setecientos piés de elevación. La arenisca de la meseta se ha endurecido al principio, metamorfoseándose despues completamente en una especie de esquisito de color de chocolate.

Así como en el monte Tchilolé, se ven rocas de formación plutónica, coronadas por masas de magnífica dolomita blanca; y á medida que se avanza por el Poniente, aumenta la altitud, llegando á unos extensos espacios donde abunda el gneiss, que con frecuencia presenta estrías, todas en la misma dirección.

Diríase que estas rocas, estrofiadas primeramente, se han fundido luego casi en su totalidad; de ellas surgen grandes mamelones de granito ó de sienita, cuyos flancos unidos y las cúpulas, en que se ven apenas algunos árboles, ofrecen una gran elevación sobre el nivel del mar.

Las altas llanuras que separan á estos mamelones, presentan una gran extensión de un conglomerado ferruginoso, que en los sitios donde está roto ofrece el aspecto de una hematites amarilla, con

agujeros de madreporas: esta roca ha comunicado al suelo un tinte rojo.

En la línea divisoria, las masas graníticas dominan siempre la llanura, si tal puede llamarse á los intervalos que las

separan; intervalos muy accidentados, donde se ven numerosos hilos de agua que constituyen las fuentes del Rovuma y del Loenndi.

CAPÍTULO CUARTO

LLEGADA Á MIULÉ—EL HAMBRE EN MEDIO DE UNA TIERRA PRÓDIGA—LOS MANNGANYAS

JULIO 29.—*Pueblo de Magola.*—Por fin estamos libres de los cipayos; pero no de las costumbres de pereza que han introducido en la caravana.

Las ráfagas que llegan del sur traen mucha humedad; el viento es tan fuerte en las altas regiones, que debe haber una tempestad en la costa. Por la mañana no hemos tenido más que 12° de calor.

30 de julio.—Una corta etapa nos ha permitido llegar al pueblo de Pezimeba, donde se cuentan hasta doscientas chozas; está graciosamente situado sobre una eminencia que hay entre dos arroyuelos, los cuales sirven para el riego de los campos.

Ante nosotros se extiende un gran espacio desierto; el jefe nos dice que si marchamos ahora tendremos que pasar dos noches en el bosque ántes de llegar á Mbannga; y apreciando el aviso en lo que vale, permaneceré aquí.

Al tener noticia de nuestra aproxima-

ción una caravana árabe ha hecho un rodeo para evitar nuestro encuentro.

*
**

Al dirigirnos al dominio de Pezimeba, comenzamos á avanzar hácia el lago, y estamos ahora á 300 piés bajo Magola. Hemos cruzado por muchos riachuelos, entre otros el Lotchesi, que es bastante ancho. De la línea de altitud parten diversas corrientes que se dirigen, una al Rovuma y las otras al Loenndi. Los árboles escasean: muchas colinas están tapizadas de yerba ó de diversas plantas; encuéntrense helechos rododendrones y un árbol de mucho follaje que desde lejos parece un pinabete argentado.

Aquí abunda mucho una raíz llamada nyoumbo, que es algo amarga y se emplea como remedio medicinal. Algunas alturas están coronadas de micasquisito, despues se ve el gneiss, y bajando siem-

pre, hállanse rocas ígneas, de erupción más reciente, pórfido y gneiss. En muchos sitios abunda un aglomerado ferruginoso con numerosos agujeros; cuando se rompe, parece hematites amarilla, y los orificios están cubiertos de negro. Probablemente hacían uso de este mineral los antiguos herreros.

31 de julio.—He dado á Pezimeba dos metros de percal, y se regocijó tanto, que ha trabajado mucho en la cocina para nosotros, habiéndome rogado esta mañana que esperase hasta que reuniera más harina porque no tenia la suficiente para ofrecerme.

*
* *

El tiempo es aquí más benigno que en el país de Mataka, y el cielo más puro.

He pasado esta mañana por delante de las últimas viviendas, y después de cruzar un país fértil, he podido acampar á orillas del Msapo, junto á una montaña llamada Mteoure. Cerca de nosotros había otra gran caravana dirigida por árabes, con quienes yo deseaba hablar, pero apenas nos vieron, continuaron su marcha.

1.º de agosto.—He visto el campamento de otra caravana árabe, dividida en diez grupos, en cada uno de los cuales, á juzgar por el número de hogueras, debían contarse por lo menos de ochenta á cien esclavos. Los indígenas pretenden que si esta caravana se alineara, ocuparía todo el sendero que conduce desde aquí á Mataka; pero por los informes que yo he recogido, pienso que la cifra ordinaria de las caravanas de este género, varía de trescientos á ochocientos individuos. La de que ahora hablo, marchó esta mañana á primera hora, y así como las otras, se ha desviado del camino. El temor que experimentan estos árabes, es debido seguramente al nombre inglés,

pues no hemos hecho absolutamente nada para motivarle.

*
* *

2 de agosto.—Me regocija la vista de nuestro campamento en medio de esta yerba amarilla, sembrada de árboles como en el país de los betchouanas; las aves cantan alegremente, animadas por la frescura del aire y por la vecindad de algunos hombres.

Aquí abundan los vestigios de herreros, y se ven, sobre todo, muchos hornillos, en buen estado aun. Algunos extensos cultivos están convertidos ahora en bosques.

Hemos llegado á Mbannga, pueblo rodeado de árboles, sobre todo de enforbios, que se ven mas comunmente hácia el sur, en el país de los mannganyas. El jefe, llamado Kanndoulo, ha ido á beber cerveza á otro burgo; pero ha enviado orden de que nos den una caseta y nos preparen alimento: descansaremos aquí mañana.

He hecho algunas observaciones lunares.

*
* *

Ya hemos salido del país despoblado, donde existía en otro tiempo una numerosa población, y que no es ahora sino una inmensa soledad de más de cien millas. Los naturales atribuyen á diversas causas el hecho: según dicen unos, la caza de los esclavos es la que ha obligado á los habitantes á huir, pues tomaban en aquella una parte muy importante los makoas, naturales de los alrededores de Mozambique; otros pretenden que los indígenas han marchado para ir á establecerse á orillas del Nyassa y al otro lado del lago. Al ver los restos de las vasijas de barro, diseminados por todo el país, y

los espacios donde estaba sembrado el sorgo, el maíz, las habas y la yuca, compréndese que la población debió ser enorme.

Los aiaous, que habitan ahora el país, proceden de la orilla izquierda del Rovuma, y probablemente han suplantado á los mannganyas, hecho que se repite constantemente.

4 de agosto.—Al cabo de hora y media de marcha hemos llegado al pueblo de Miulé, que está al mismo nivel que el Mbanga. El jefe nos ha dicho que si marchamos mañana á primera hora, sólo tendremos que pasar una noche en el bosque, observación que me ha inducido á quedarme. Le he preguntado la causa de estar tan despoblado el país inmediato, y me ha dicho que una parte de sus habitantes habían muerto de hambre, mientras que los otros emigraron al oeste de Nyassa. En esta tierra fecunda, el hambre es una consecuencia de la caza al esclavo, y produce una mortalidad mucho mayor que la que resulta del viaje de los cautivos.

*
* *

Este jefe no ha oído hablar nunca de ninguna tradición relativa al uso de hachas, de lanzas ó de puntas de flechas fabricadas con piedra, ni tampoco ha oído decir que las mujeres colocaran un guijarro en su instrumento de labranza.

Los makonndes hacen uso de unas lanzas de madera en las localidades donde hay escasez de hierro. En la colonia del Cabo encontré, en 1841, una mujer que tenía en la mano una piedra redonda perforada en el centro, y me mostró su uso introduciendo en el orificio un palo para socavar la tierra, por cuyo medio arrancó una raíz.

5 de agosto.—Saliendo de Miulé, hemos dirigido nuestra marcha hácia el

Nyassa, acampando luego á orillas del último afluente del Loenndi.

En las inmediaciones de Mataka, hácia el noroeste, hay una verdadera red de corrientes de agua que van á verterse en dicho rio, y una de ellas forma un lago antes de llegar: las fuentes del Rovuma están en la misma región. Después de salir de Mataka, hemos franqueado una corriente bastante ancha que se dirigía al Loenndi, y al día siguiente, partiendo de Pezimeba, hemos cruzado por otra que iba á reunirse con el Tchirringa, ó Lotchirmnga, tributario del Rovuma.

*
* *

6 de agosto.—He pasado esta mañana por delante de dos montones de piedras situadas al principio de la rápida pendiente que conduce al lago, y precisamente en el sitio donde aparecen de una manera distinta las azuladas aguas del Nyassa. Esta especie de monumentos son muy comunes en los pasos de las montañas de toda el Africa meridional, donde marcan el límite de los territorios, indicando tal vez la existencia de tumbas; pero los indígenas que nos acompañaban nos dijeron que eran simples montones de piedras que recogen cuando se trata de formar un jardín.

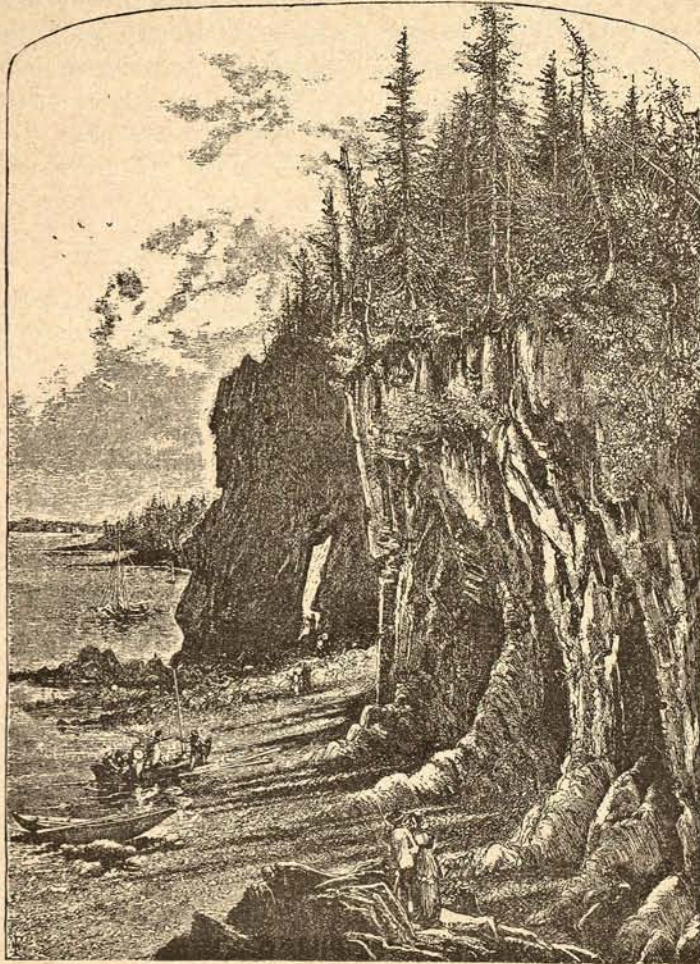
Avanzando siempre en la misma dirección, hemos encontrado el Msindje, afluente del lago, que franqueamos cinco veces: tiene unos veinte metros de anchura, y el agua llega hasta las rodillas.

Desde nuestra llegada á la meseta inferior, hacemos etapas muy cortas, pues las gentes de aquí nadan en la abundancia y nos ofrecen numerosos víveres para que nos quedemos. Un indígena me ha traído cuatro pollos y tres grandes cestos de maíz, calabazas y grasa de alce, suplicándome que no me fuese, á fin de que pudiera ver todos mis objetos. Me ha di-

cho también que á una jornada de marcha en dirección al sur, encontraría toda clase de animales, tal como elefantes, búfalos, hipopótamos y antílopes.

*
**

8 de agosto.—He llegado al lago por la desembocadura del Misindje, dando gracias al Altísimo por haberme sostenido hasta aquí. Me parece haber vuelto á una antigua residencia que no esperaba ya ver; es una delicia sumergirse de nuevo en esta agua deliciosa, oír el rumor



EUROPEOS EN AFRICA

de las ondas y luchar contra sus choques. La temperatura del agua á las ocho de la mañana es de 21°, 6, y la del aire de 18°, 3.

Mokalaose, jefe de la localidad, es un

verdadero mannganya, de un color más oscuro que el de los habitantes del país anterior, lo cual consiste en el calor húmedo del clima. Su acogida ha sido muy cordial, nos ha proporcionado varios ali-

mentos, y entre otros, carne de hipopótamo cocida; también tiene vacas como las de Mataka y me ha preguntado si me gustaba la leche.

Algunos habitantes me han vendido sandjicas, peces que pasan por ser los mejores del lago; pero como los ahuman pierde la carne su buen gusto, lo cual no impide que se aprecien en el interior de las tierras. Cuando están frescos, tienen el sabor de los arenques de mejor calidad, ó por lo menos me ha parecido así. Cinco sandjikas no me han costado más que una brazada de percal.

10 de agosto.—He remitido á Djoumbé la carta del sultán de Zanzíbar; pero el mensajero ha encontrado á varios árabes de la costa á orillas del Loanngona, que puede distar seis ó siete millas de aquí, y se ha vuelto con ellos. Estos árabes han discutido largamente el precio del pasaje y después se han marchado, diciendo que traerían el daou. Viendo que no llegaban, he despachado á Mousa, quien ha vuelto diciendo que la barca había sido conducida á Djoumbé. Pocos árabes de la costa saben leer; pero en cambio son muy corteses y serviciales, al menos por sus palabras, pues hacen poco aprecio de la verdad.

*
**

Descansaré con mis hombres todo el día de mañana: tengo mi diario al corriente; he revisado mis observaciones, y calculo las altitudes. Cuando emprenda la marcha me dirigiré hácia el mediodía ó al norte, que es donde están los árabes.

He visto aquí un ave que los indígenas llaman nametammboné, y que durante la tarde y la noche canta muy agradablemente con voz sonora.

11 de agosto.—Dos jefes de los pueblos donde hemos pasado la noche han

venido á ofrecernos víveres, y á preguntarnos si nos trataba bien; nos aconsejan que vayamos al sur, al país de Makaté, donde el lago tiene muy poca anchura.

12-14 de agosto. Acabo de trazar una carta, pero los cipayos han puesto tan á prueba mis fuerzas, que generalmente ya no puedo trabajar más cuando acaba el día.

Algunas gentes, que vuelven de Mataka, refieren que ha llegado un inglés que me trae vacas y tiene ojos no solo en la cara sino detrás de la cabeza.

Mokalaose me contaba sus penas, quejándose de sus mujeres.—«¿Cuántas teneis?» le he preguntado.—«Sólo me quedan diez y nueve» me contestó.—«Pues aún os sobran diez y ocho,» repuse.—«Pues ¿quién guisa en vuestro país para los extranjeros, preguntó el jefe, si no teneis más que una mujer?»

Se ven sobre el lago nubes de *koungons*, especie de mosquitos que aquí no se comen, pero con los cuales confeccionan en el Nyassa una especie de tortas. Habiendo interrogado á un indígena sobre este punto, contestóme que en el norte del lago servían efectivamente de alimento: pero que ellos no sabían prepararlos.

*
**

No hay medio de obtener un daou. Makalaose opina que los árabes han temido que me apodere de sus barcas para ir al norte; y así como los otros jefes, cree que lo mejor sería dirigirme al sur, al pueblo de Makaté. Todos los árabes huyen de mí; diríase que para ellos encierra mi nombre la idea de la confiscación de esclavos: no comprenden que sea otro mi objeto, y por lo que hace al firmán del said, nada les dice, puesto que no saben leer.

21 de agosto.—Al salir del pueblo nos

hemos dirigido hácia el Loangona, recorriendo unas siete millas por un país montañoso. El Loangona puede tener una anchura de diez y ocho metros; el Misindjé alcanza lo menos cuarenta; en las desembocaduras de ambos rios se ha formado una masa de aluvión, y los dos penetran en el Nyassa por cerca de la extremidad de este promontorio.

Un aiacon me ha alquilado su casa, construida á cuarenta piés sobre el nivel del lago, en una magnífica posición; pero es imposible cerrar allí los ojos, porque lo impide una legión de pequeñas hormigas que infestan aquella vivienda. Producen tal rumor, que ninguno de mis hombres ha podido dormir tampoco, á pesar de hallarse todos muy cansados.

22 de agosto.—Hemos pasado al otro lado del rio porque allí no hay hormigas.

23 de agosto.—He propuesto al jefe que envíe algún hombre á Djoumbé, pues no creo en las palabras del mestizo árabe; pero me ha dicho que será mejor esperar la vuelta de uno de sus mensajeros que había ido á Lossehousa.

24 de agosto.—Un leopardo se ha llevado un perro de una casa inmediata á la nuestra, y algun tiempo ántes había mordido á un hombre, aunque no mortalmente.

*
**

29 de agosto.—Corre el rumor de que los Mazitous han dado caza á Djoumbé, quien se ha refugiado en las montañas.

30 de agosto.—Todos los árabes continúan huyendo de mí cual si tuviese la peste, de lo cual resulta que no puedo enviar mis cartas ni cruzar el lago. Parecen creer que si yo obtuviese una barca la quemaría; y como los dos daous que hacen el viaje desde el Nyassa no se utilizan sino para la trata del hombre, los propietarios no esperan que yo les res-

pete. En su consecuencia, después de escuchar las mentiras que me han dado por escusas, me decido á dirigirme hácia el sur á fin de atravesar por el punto donde el Chiré sale del lago.

He hecho varias observaciones lunares y escrito una carta para lord Clarendon, y varias para mis demás amigos.

3 de setiembre.—He bajado á la desembocadura del Misindjé, donde pululan en gran número los mosquitos comestibles, que se cogen aquí maniobrando rápidamente con una cesta como si fuera una red. Estos mosquitos producen un zumbido semejante al de un enjambre de abejas: me han ofrecido una torta hecha con estos mosquitos.

*
**

De las dos riberas del Nyassa, la una está á quince piés sobre la línea de agua actual, y la otra á unos cuarenta. Las grandes masas de gneiss foliáceo que hemos visto, siguen una dirección paralela al gran eje del lago; algunas se inclinan un poco hácia el Nyassa, y otras en sentido opuesto.

He confeccionado muy buena tinta azul con el jugo de una baya de cierta planta que aquí abunda; cuando se exprime aquella, el color de este jugo es como el vino de Oporto.

Tchitané, mi fiel perro, cambia rápidamente de color en los costados y el cuello; se ha vuelto su pelaje rojo; la mayoría de los perros del país ofrecen este mismo caracter.

Los Mannganyas se distinguen sobre todo por su enorme masa de cabello, y por tener la mandíbula poco saliente. El cuerpo y los miembros de los individuos de esta raza aborigene son bien conformados, y el rostro agradable con frecuencia, pero sólo en los hombres. Las mujeres son á la vez macizas y muy feas,

pero excesivamente laboriosas; trabajan en sus huertos desde que sale el sol hasta las once, y después tres horas más hasta la noche, ó bien machacan el grano para convertirle en harina. Durante el día fabrican los hombres cuerdas ó redes y á la caída de la tarde van á la pesca, que dura á menudo hasta por la mañana. Tambien son ellos los que construyen sus chozas.

*
**

Aquí hay un pez negro, llamado nsa-ka, que practica un agujero de bordes salientes y de quince á diez y ocho pulgadas de profundidad por dos ó tres piés de ancho; los indígenas lo cogen siempre en su guarida, donde permanece el

macho con la hembra hasta la hora de la puesta.

Yo había dado á Mokalaose algun grano y calabazas, y él en cambio me ofreció cerveza, de la cual tomé solamente dos ó tres sorbos. Viendo que rehusaba beber más, preguntóme si quería una criada para patamímeba; y como yo le preguntase qué quería decir con aquello, tomó la escudilla, comenzando á beber mientras la jóven le aplicaba las manos al rededor del talle, pasándolas despues al vientre. El jefe bebió várias veces, y la criada ejecutó siempre la misma manobra como para repartir por igual el líquido en el estómago.

Nuestros bebedores no parecen tener necesidad de este procedimiento.

CAPITULO QUINTO

VESTIGIO DE DESTRUCCIÓN—CORRIENTES DE AGUA—OTRO VIAJERO ILUSTRE.

SETIEMBRE, 5.—Siguiendo la orilla, nos dirigimos hacia el cabo Ngommo, que se acerca de tal modo á Sengga, situado en la otra margen, que el lago queda muy reducido en su anchura. El Ngommo es una punta arenosa y baja bordada al noroeste por una faja de papyrus y de cañas: el centro del cabo está cubierto de bosque.

Una parte de la costa presenta grandes dumas formadas por el viento del mediodía, que sopla allí con fuerza.

Llegados á Pannt'hounda, hemos tenido que atravesar el Lilolé, cerca del cual está el pueblo, y antes habíamos cruzado por el Libesa. Estos riachuelos son la morada favorita del sandjita y el mpasa, los dos mejores peces del lago; el primero se parece al arenque por el tamaño, la forma y el sabor; el segundo es más grande, y los dos se alimentan en el fondo del Nyassa y de sus afluentes.

7 de setiembre.—Como el pueblo de Tchiroummba se halla en la extremidad

de una laguna, hemos preferido echarnos sobre la tierra firme, aunque los habitantes nos habían ofrecido sus piraguas averiadas para pasar el agua: esta laguna se conoce con el nombre de Pannsgnona.

*
* *

8 de setiembre.—Costeando la orilla meridional del cabo Ngommo, nos dirigimos al levante, y volviendo después al sur, vemos á nuestra izquierda una doble série de altas montañas de forma granítica; las más próximas son generalmente más bajas que las otras, y están cubiertas de árboles raquíticos; las de la segunda línea, ó más orientales, se elevan á unos seis mil piés sobre el nivel del mar; son desnudas, pedregosas y sus recortados picos parecen confundirse con las nubes; esta es probablemente la cadena menos antigua.

Los más ancianos habitantes del país no han conocido jamás ningún terremoto; pero algunos aseguran que oyeron hablar de ellos á sus mayores.

He pasado por delante de muchos espacios donde existieron pueblos, siendo fácil de reconocer el sitio por la higuera sagrada que presta sombra, y por los grandes euforbios que constituían el recinto.

Las piedras de moler grano, las de los fuegos y los bancos de arcilla, convertidos en ladrillo por el incendio, completan el testimonio de los árboles.

Reconócese que la destrucción es reciente, y es sabido que los autores son los ribeños del Misindjé, quienes nos han recibido muy generosamente. Para satisfacer las demandas de los árabes, han despoblado casi enteramente al país en un espacio de tres á cuatro millas. Doloroso es ver tantos cráneos y osamentas diseminadas; quisiera apartar la

mirada, pero involuntariamente se ha de fijar la atención, porque no se puede pasar sin hacerlo.

*
* *

9 de setiembre.—He permanecido el domingo en el pueblo de Kanndanngo: mis gentes han matado un hipopótamo que dormía en la orilla; era una hembra adulta que medía diez y nueve piés de largo desde la extremidad del hocico al nacimiento de la cola, por cuatro de altura.

El fondo del lago es ahora fangoso, y se cogen muchos peces de los llamados *siluris glanis*, cuya longitud es la de un salmón de once á doce libras, pero ocupando la cabeza una gran parte. Clavado en un palo y asado á fuego lento, este siluro me ha parecido mucho más sabroso ahora que otras veces. También hay en el fondo muchas conchas, al paso que en el norte del Ngommo, donde aquel es arenoso ó pedregoso, apenas se ve una.

10 de setiembre.—Durante nuestra marcha por el sur hemos llegado á tocar la montaña; el lago se extiende inmediatamente al pié de la cadena; pero no hemos podido observar las bahías que forma. Acabamos de franquear dos torrentes de sesenta á ochenta metros de anchura, donde hay muy poca agua; pero en la época de las crecidas arrastran árboles enormes, que en su curso chocan contra las rocas y se despedazan; impulsados después por la inundación, diseminanse por la llanura, imposibilitando el paso.

*
* *

Nos hemos alojado durante la noche en el pueblo de un jefe muy bondadoso, y luego atravesamos uno de dichos torrentes.

Un jefe muy pobre, llamado Pama-houahona, me ha dado, en vez de harina y carne, cierta cantidad de sal, que le he agradecido mucho, porque es un artículo del que estaba privado hacía bastante tiempo.

12 de setiembre.—He cruzado por un riachuelo llamado Nkoré. Al hacer mención de las corrientes de agua que existen en la época en que estamos, y que toca al fin de la estación seca, mi objeto es dar á conocer las fuentes que suplen á la evaporación del lago. En la orilla oriental, al Norte del punto por donde nos hemos acercado al Nyassa, las gentes del país enumeran catorce, que figuran en la siguiente lista. La cruz indica los que llevan más caudal de agua; los otros van marcados con una línea:

El Misindjé+(hay niraguas.)

El Loanngona—.

El Lessefa—.

El Lilonla—.

El Nchamandjé—.

El Masoumba+.

El Fonboué+.

El Tcchia—.

El Kisangga+.

El Boueka—.

El Tchifoumero+(hay piraguas).

El Loanngona—.

El Mokoho—.

El Manngouelo—, en la extremidad norte del lago.

*
**

Veinte ó veinticuatro corrientes permanentes alimentan al Nyassa en la estación seca, aumentándose este número en la época de las lluvias con muchos torrentes, cuya desembocadura está cerrada por fajas arenosas que solo dejan pasar el agua por filtración. En la estación húmeda se eleva el nivel del lago por lo menos cuatro piés, y recibe durante todo

el año bastante agua para alimentar el Chiré.

El monte Gomé nos ha obligado á retroceder hoy hácia la ribera, y no hallándonos más que á tres millas de la extremidad del lago, hemos podido ver como se desplegaba toda la sábana líquida. Allí es donde por primera vez hemos visto salir el Chiré, fijando nuestra primera mirada en las aguas del Nyassa.

¡Cuántas esperanzas defraudadas en esta región! ¡Allá abajo, en la orilla derecha del Zambeze, está el polvo de aquella cuya muerte ha cambiado todo mi porvenir; y en este lago, donde los barcos de un comercio legitimo debían poner fin á la trata del hombre, los negros son los únicos que prosperan!

Algunos árabes que conducían ayer una partida de esclavos, han emprendido la fuga al saber que me acercaba. Es imposible no lamentar la pérdida de mi buen obispo Mackenzie, que duerme con el sueño eterno en la orilla del Chiré inferior, pues con él se ha perdido toda la esperanza de introducir el Evangelio en el África central. Seguramente llegará una época en que todo irá bien; pero lo que siento es que no viviré lo bastante para tomar parte en el regocijo, ni áun para ver el principio de una época mejor.

*
**

Hemos llegado por la tarde al pueblo de Tchirikalongoua, situado á la orilla del Pammtchololo, donde se nos ha hecho muy buena acogida, ofreciéndonos una cantidad de cerveza. El jefe pretende que Makaté, Kabinnga y Nponndo son los únicos que ahora se dedican á cazar esclavos entre los Mannganyas; tambien van á buscar los Maravis, que empobrecidos por los Mozitous, se venden unos á otros.

14 de Setiembre.— Tchirikalongona,

jefe del pueblo de este nombre, padece de una enfermedad de la piel, resultante, según dicen, de haber comido tortugas de agua dulce. Nos ha rogado que permanezcamos allí á fin de que pueda vernos, porque jamás había tenido ningun inglés en su pueblo. Como el calor era excesivo, hemos aceptado con gusto, muy satisfechos de poder descansar y beber cerveza.

He visto aquí la piel de una especie de lagarto que devora los pollos, y es conocido en el país con el nombre de *salka*: mide un pié de largo y diez pulgadas de diámetro en el abdómen.

Después de haber casi renunciado á buscar el sitio por donde el doctor Roscher alcanzó al lago, he acabado por descubrir que fué el Lessefa.

Reconozco el sitio en que el doctor descubrió el Nyassa, dos meses después que yo. Este doble descubrimiento fué conocido en el mundo civilizado, despertando allí el más vivo interés; pero es de advertir que el doctor Roscher vino aquí como árabe, de tal modo que ningun individuo llegó á sospechar que fuera otra cosa. Tuvo el mérito de ganar el lago por un nuevo camino; y no es ménos digno de alabanza por haber sabido conservar el incógnito desde Quiloa. Él y Burckardt son los únicos europeos que consiguieron pasar por árabes. Cuando Mr. Palgrave llegó á Mascate, residencia del coronel Desborough, nuestro agente político, fué presentado á este funcionario con el nombre de Hadjí Alí. «Vos no sois Hadjí Alí, ni mucho ménos, dijo el coronel mirándole fijamente; sois Gifford Palgrave, mi antiguo condiscípulo en la escuela de Chartres.» El coronel había reconocido al punto al viajero por su manera particular de inclinar la cabeza; y viéndose Palgrave descubierto, rogó á su antiguo amigo que guardara el secreto.

Aquí hay una especie de haba llamada

tagnaré de agradable aspecto, pero venenosa. Para que pierda sus propiedades deletéreas, se cuece mucho tiempo, se pone después en agua fresca, y se somete á otras dos ebulliciones, pudiéndose hacer con ella harina. Dos decocciones no destruyen el principio venenoso; pero entonces no es ya mortal. Parece extraño que los indígenas no utilicen esta haba como veneno.

*
**

15 de setiembre—Estábamos á poca distancia de la extremidad Sur del lago, y hubiéramos podido atravesar el Chiré por el pueblo de Mosaouka; pero he pensado que sería bueno visitar á Makaté, jefe aiaou, que reside más al Mediodía. Mponnda, Kabinega y él son los únicos que á instigación de los árabes continúan dedicándose á la caza de esclavos entre Mannnganyas.

Después de haber caminado por el Sur durante tres horas, hemos franqueado las colinas de la cadena que flanquea toda la parte inferior del lago. La altitud del pueblo es de unos ochocientos piés sobre el nivel del Nyassa. Cerca de la residencia del jefe es numerosa la población, y todas las alturas que se abarcan con la vista están coronadas de pueblos. Una distancia de pocas millas separa las dos cadenas, que están ambas cubiertas de árboles.

Aquí viven las gentes en la abundancia: todos los jefes visitados por los árabes habitan en casas cuadradas, de sólida construcción.

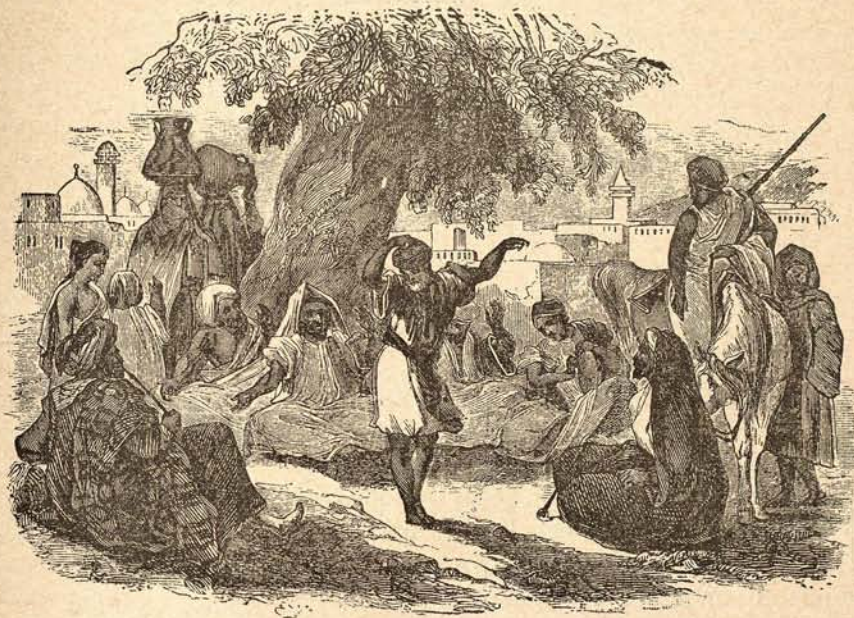
Makaté no había visto nunca un europeo, y por lo mismo le excitó gran interés. Nos ha hecho largas visitas, y trata de hacerme reír con sus observaciones. Tiene un color más oscuro que el de la mayor parte de los aiaous; barba espesa y peinada á la moda árabe. La morada de sus mujeres ocupa un ancho es-

pacio que nuestra casa cierra por un lado; quise salir por allí, y perdí el camino; pero una de las damas me envió su criada para conducirme.

*
**

16 de setiembre.—Continúo en Makaté. El libro de oraciones no da á los indígenas la menor idea del Sér invisible á que se dirigen, pareciéndoles que hablamos con el libro mismo.

17 de setiembre.—He tenido una larga discusión con Makaté respecto á la trata, pues los árabes le han dicho que intentábamos apoderarnos de los daous, para hacernos dueños de los esclavos y convertirlos. Le he hablado de los males que llaman por todas partes nuestra atención, de los cráneos y cadáveres, de la ruina de los pueblos, de los asesinatos y de los países despoblados. Makaté trató de reirse; pero nuestras palabras han tocado el corazón de muchos. Hace pocos días que



PASATIEMPOS DE ÁRABES

un jefe que me enseñaba el camino, me dijo al oído: «Hablad á Makaté para que renuncie á la caza de esclavos.»

Poca cosa puedo hacer, pero por lo menos siembro en los corazones una protesta que germinará con el tiempo. Su más poderoso argumento es el siguiente:

*
**

«¿Qué haremos sin la tela de los árabes?» Pero á esto les contesto yo: «Lo mismo que haciais antes de que llegasen á vuestro país.» Segun la marcha que lleva la despoblación, todo el país quedará bien pronto desierto.

El año pasado hubo aquí un terremoto, las casas sufrieron algunas sacudidas, pero no hubo otro efecto. Los habitantes no conocen ninguna fuente termal.

Desde el pueblo de Makaté nos hemos dirigido al pequeño lago Pamalommbé.

Makaté no tiene canoas tripuladas cerca del sitio por donde se pasa de ordinario; era preciso cruzar por otro, y me ha enviado alguno de sus servidores para ver si necesitaba alguna cosa.

El jefe manganya ha concluido por confesarme que había ocurrido un terremoto; pero los demás á quienes he preguntado niegan el hecho, no sé por qué.

Parece que las sacudidas fueron acompañadas de un sordo rumor, y que pusieron en movimiento todos los objetos: en el lago no se observó nada.

Los ribereños del Nyassa no han oído decir nunca que este lago tuviese un nivel más alto que el de ahora. Sus tradiciones dicen que proceden del Poniente ó del Oeste-noroeste, y que sus antecesores les enseñaron á fabricar redes para la pesca.

CAPITULO SEXTO

ENBARQUE—LLEGADA Á MPONNDA—UN LEÓN—NOTICIAS TERRIBLES—EL VENENO COMO PRUEBA JUDICIAL

ENTRE estos indígenas no se ve ningún vestigio de un estado superior, ni esculturas en las rocas, ni tampoco inscripciones; y todos ignoran lo que es un libro. Sus antepasados no les dijeron nunca que despues de su muerte irían á la mansión de Dios, aunque sí oyeron decir cuando fallecía una persona, que «el Señor se la había llevado.»

18 de setiembre.—Todos mis hombres se han embarcado en ocho canoas y remontamos el lago hasta el sitio en que se une con la prolongación Sur-oriental del Nyassa, sitio que llaman Massangano. Para esto hemos necesitado dos horas. Algunos indígenas que hacían una abundante pesca han huído al acercarnos, aun-

que les gritábamos *olenndo*, lo cual significa caravana de viajeros.

*
* *

Como los enviados de Makaté se habían ido ya, dirigíme al pueblo de los fugitivos con uno de mis hombres, pero el recelo de los habitantes era tal, que no quisieron hacer nada por nosotros; dijeron que su jefe, un tal Pima, estaba ausente; negáronse á darnos alojamiento, recomendándonos que fuéramos á Mponnda; y como rehusaran cedernos una caseta, hemos construído un cobertizo. Esta mañana les hemos pedido un guía, y tampoco quisieron proporcionarle.

Desde el pueblo de Pima ofrecen un

magnífico golpe de vista las montañas, particularmente las que flanquean la parte inferior del Nyassa: el espacio que las separa permite ver la faja de terreno bajo que se extiende al Mediodía, á lo largo del Chiré, y detrás de la cual está el lago Chirona y los montes de Tchicala y Zommba: dicese que los hipopótamos llegan desde dicho lago al Nyassa.

En el Pamalommbé es muy vigorosa la vegetación; su fondo presenta un verdadero tapiz de yerbas acuáticas; y en las orillas abunda una planta viscosa y traslúcida. Los peces que se alimentan en aquellas praderas lacustres engordan mucho; he comido de uno de ellos, que es muy carnoso.

Opino que los ribereños de Tanganika, los del Nyassa, del Chiré y del Zambese, son todos de la misma raza, pues los idiomas de estos pueblos difieren muy poco.

*
* *

19 de setiembre.—Esta mañana, despues de haber recorrido una milla, hemos encontrado un grupo de tres á cuatrocientos indígenas que extraían sal de la llanura, pues la tierra estaba completamente impregnada.

Avanzando siempre en la misma dirección, hemos llegado á Mponnda, gran pueblo situado á orillas de una corriente. Los alrededores son muy fértiles y abundan los grandes árboles.

El jefe es un hombrón que se interesa mucho por todos los productos europeos.

Dijome que quisiera venir conmigo, aunque hubiese de estar ausente de su pueblo diez años; y como yo le advertiese que podría morir durante el viaje, contestóme que á lo mismo estaba expuesto en su país y que deseaba á toda costa ver mis objetos. Hemos encontrado en Mponnda una caravana de esclavos, á los que fuí á examinar de cerca: el jefe se alarmó,

temiendo de mi parte algun acto de violencia que turbara la tranquilidad; pero yo le hice comprender que sólo quería mirar. Ochenta y cinco cautivos estaban encerrados en un parque formado con troncos desorgo; los más de aquellos infelices eran muchachos de ocho á diez años y los demás hombres y mujeres; casi todas tenían la horquilla al cuello y algunos de los más jóvenes estaban sujetos además con correas.

*
* *

Los tratantes eran cinco ó seis árabes que se dirigían á Zanzíbar. Pedíles permiso para ver sus esclavos, y no sólo consintieron en ello, sinó que me indicaron además las diversas razas á que pertenecían. Dijéronme que despues de haberlos alimentado y hecho el descuento de las pérdidas sufridas durante el viaje, les quedaría muy poco beneficio. Creo que la verdadera ganancia es para los tratantes que embarcan su negra mercancía para venderla en los puertos de Arabia, pues la mayor parte de los esclavos jóvenes que he visto en el mercado de Zanzíbar no se venden á más de siete duros por cabeza.

20 de setiembre.—Mponnda ha insistido de tal modo para que me quede un día más, que cedí á su demanda. Me ha rogado que diera algun medicamento á uno de sus hijos, que estaba enfermo, prometiéndome, en cambio, abundantes víveres; en prueba de su sinceridad, envióme desde luego una gran porción de cerveza. La medicina ha proporcionado alivio al niño y he recibido de Mponnda más víveres de los que podía llevarme.

La clase agrícola no es aquí servil: todos cultivan la tierra y lo tienen á mucha honra; cuando llegamos nosotros estaba el jefe trabajando en su jardín. En esta localidad existe una gran cantidad de gra-

no, lo cual no deja de ser notable, si se atiende á que la población se compone casi enteramente de matchingas ó aiahous, que hasta estos últimos tiempos vivieron del merodeo sin tener residencia fija.

*
**

Un león ha matado á una mujer ayer por la mañana, devorando despues la mayor parte del cuerpo sin que nadie le inquietara.

Hace mucho calor, tanto, que por la

tarde quema el sol los piés desnudos, por lo cual nos vemos en la precisión de hacer jornadas cortas, y sólo en las primeras horas del día.

Voueketani, el protegido del obispo Mackenzie, ha encontrado uno de sus hermanos, quien le ha dicho que el mayor estaba en Kabinega con sus hermanas y que su padre, que le había vendido, había muerto. Como manifestase Voueketani deseos de quedarse con su familia, le he permitido que se vaya, dándole alguna tela, papel de escribir, pólvora, y un fusil de chispa, y le he dejado en com-



LA DÁDIVA

pañía de Mponnda hasta que lleguen sus parientes.

21 de setiembre.—Avanzamos y hemos atravesado la base del cabo Macbar. Dos hombres que nos servían á la vez de guías y conductores, se han quejado largo tiempo, lamentándose de ir cargados como es-

clavos, y, aprovechando despues un momento en que yo iba delante, arrojaron sus fardos, abrieron el que contenía la tela, tomaron la que creían necesaria para pagarse y se han dirigido hácia su pueblo.

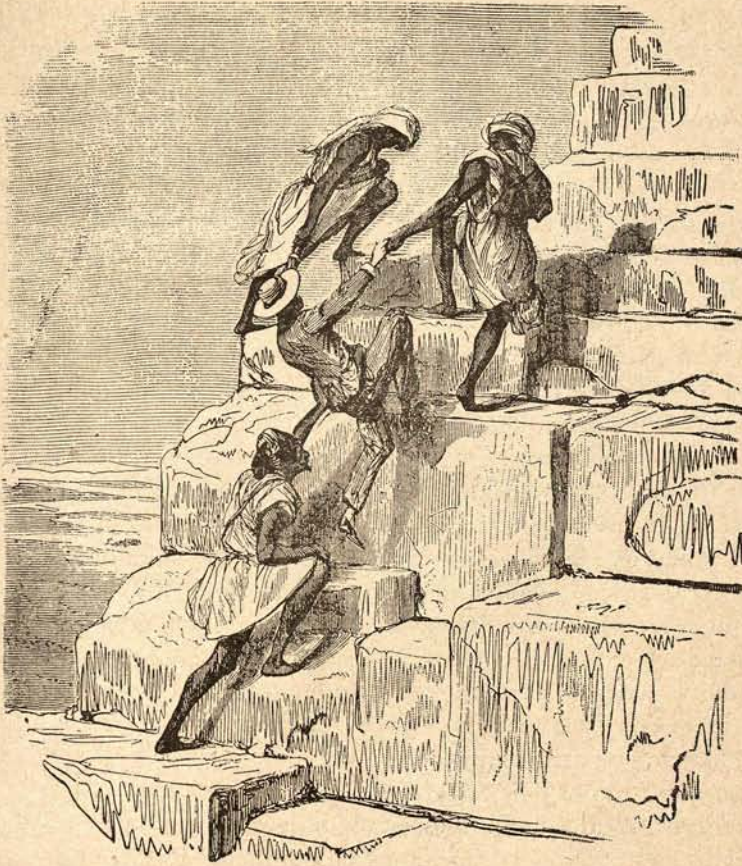
*
**

22 de setiembre.—Hemos cruzado por unas montañas que dominan el lago á unos setecientos piés de altura, y que están cubiertas de árboles. He acampado á las orillas del Sikotche, desde donde veo rocas de arenisca endurecida; las colinas están revestidas de dolomita y es-

pato, lo cual les comunica el aspecto de la nieve.

Hoy nos han acompañado seis mujeres indígenas que llevaban enormes jarras de cerveza á sus maridos, quienes nos ofrecieron una parte.

Al cabo de siete horas de una marcha



VISITA Á LAS RUINAS

fatigosa hemos llegado á un pueblo situado al borde de un torrente conocido con el nombre de Ousanngarí, y cerca de una montaña notable llamada Namasi. Aquí pasaremos todo el día de mañana, que es domingo.

El jefe, que es tuerto, me parece un

hombre tímido; vino á vernos de incógnito; pero, sospechando yo su presencia, pregunté si el jefe era alguna vieja á quien atemorizaran los extrangeros, hasta el punto de no atreverse á darles la bienvenida. Todos comenzaron á mirarle y á reir á carcajadas, lo que acabó por hacer

él también, preguntándome que alimentos prefería; Chouma contestó sin vacilar que yo comía lo mismo que los aiahous.

*
* *

25 de setiembre.—El pueblo de Marennga, situado en la costa meridional del lago, es muy grande; y todos sus habitantes han venido á mirarme, y he aprovechado esta ocasión para hablarles de la Biblia, con la cooperación de un orador que se prestó á ello y que cautivó el auditorio, según con la atención que le escuchaban.

Á poco tiempo llegó Marennga cubierto con un chal de seda de dibujos rojos y seguido de diez bellezas de su corte, las que desarrollaron una esterilla y la cubrieron con telas para que se sentara el jefe. Rogóme éste que le examinara, lo cual efectué en el interior de una caseta, donde me hizo ver su espantosa enfermedad. Más negro que sus mujeres y todo cubierto de pústulas, me ha parecido muy feo. Cree que el mal que le aflige era desconocido en el país antes de la llegada de los árabes, que además de éste llevaron también la viruela.

26 de setiembre.—Aquí hemos encontrado un árabe cuyos esclavos atravesaban el cabo Macbar por otro camino. Ha dicho á Mousa que todo el país hacía el cual nos dirigíamos, estaba lleno de mazitous; que éstos han matado á cuarenta y cuatro árabes y á sus servidores, que la matanza se ha efectuado en Kasonngon y que sólo él ha podido escapar. Lo mismo ha sido oír esto los anjoaneses, que dejar en tierra los bagajes y marcharse, por más que el jefe les aseguró que todo era mentira. No lo he sentido, porque estos hombres eran todos ladrones.

*
* *

29 de setiembre.—Otro árabe encontramos ayer tarde cuyos esclavos habían caído todos en poder de los mazitous. Me propongo dirigirme hácia el Poniente, tomando el camino que pasa por el país de los Moravis, que seguiré hasta hallarnos más allá del territorio donde turban la paz los mazitous ó los mannganyas.

30 de setiembre.—Nos ha proporcionado una grande cantidad de alimento la mujer de Kimmsousa, éste se halla entregado á una orgía con su cerveza, me ha invitado, pero no es de mi gusto este convite y no voy.

4 de octubre.—Kimmsousa me ha ofrecido proporcionarme conductores para ganar la meseta, debiéndoles pagar por adelantado, en lo que he consentido; sin embargo ninguno de los indígenas se resuelve á venir con nosotros, y el jefe teme que si los obliga, me abandonarán en el camino.

6 de octubre.—Bimmsousa se ha portado muy bien, pues no pudiéndome proporcionar los conductores, me ha hecho esperar y me acompaña con sus mujeres, éstas han tomado su carga; y algunos jóvenes que lo han visto, han tomado los fardos que quedaban y nos hemos puesto en marcha.

*
* *

9 de octubre.—El barómetro y el agua en ebullición indican que hemos llegado á una altura de más de mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Estamos en la época más calurosa del año, pero el aire es delicioso y de una completa limpidez. El país ofrece una perspectiva deliciosa; largas pendientes y un círculo de montañas se elevan á novecientos metros sobre la llanura; casi todas son pedregosas y no redondeadas, como las de los alrededores de Mataka; hay muy pocos árboles, y los cultivos son tan extensos

que podrían compararse con los campos de Inglaterra, sólo que les faltan los vallados.

Los jóvenes de ambos sexos llevan el cabello largo, los mechones que caen sobre sus hombros les comunica cierta semejanza con los habitantes del antiguo Egipto; entre las jóvenes hay algunas que tienen los brazos cubiertos de líneas en relieve, para obtener las cuales deben de padecer mucho en la operación.

*
* *

11 de Octubre.—Hoy hemos pasado por la base de varias montañas casi cuadradas, cuyos flancos son perpendiculares; una de ellas, llamada Oulazo, sirve de granero á los habitantes de los pueblos que la rodean: en su cima hay grandes depósitos de víveres, reservados allí para el día de una invasión; todos los habitantes de estas comarcas son kanthundas, que quiere decir saltadores.

Deseminados en la llanura ó agrupados en la falda de las montañas abundan mucho los pueblos, los más no distan

ochocientos metros unos de otros, y cada cual está rodeado de arboleda.

14 de Octubre.—He pasado el domingo en el pueblo de Kaouma: la población es numerosa y todos estos naturales muy ceremoniosos; cuando encontramos uno desvíase y se sienta; nosotros apoyamos en el pecho una mano cerrada diciendo al mismo tiempo: *ripeta, ripeta* (dejadnos pasar); y el hombre contesta dando palmadas, lo que significa una muestra de consideración y respeto.

22 de Octubre.—Atravesando por el Diamponé, hemos llegado á Paritala, bonito pueblo cuyo jefe se llama Tchitikola, pero se halla ausente con motivo de un *milanndo*, (caso judicial). Cuando un indígena presenta una queja contra otro, hay *milanndo*, y todos los jefes de los pueblos vecinos se reúnen para resolver. Sólo por que habían robado unas mazorcas de maíz Tchitikola tenía que andar todo un día para llegar al punto donde se reunía aquella clase de jurado; éste administra al acusado el *monabé* (veneno de prueba), si lo vomita es declarado inocente.

CAPITULO SEPTIMO

TODAVÍA EL HAMBRE—LLEGADA Á MOABA—TRAGES DE CORTEZAS DE ÁRBOL—
BUENA ACOJIDA

NOVEMBRE, 10.—A la orilla del Mando, riachuelo que se vierte en el Bona, hay un pueblo de herreros, el ruido incesante de las fraguas anuncia un trabajo activo. El martillo, que se oye desde que sale el sol hasta la noche, consiste en una piedra enlazada sólidamente con una correa hecha con corteza y que á derecha é izquierda forma comoun mango; dos pedazos de corteza representan la pinza y una gran piedra hundida en el suelo constituye la bigornia; en cuanto el fuelle, se compone de dos sacos de piel de cabra, que tiene en la extremidad cerrada un tubo de arcilla, y se hace funcionar por medio de dos palos fijos en la abertura. Con todos estos sencillos útiles, el herrero fabrica varias azadas cada día; el material que emplea, extraído de una hermatite amarilla que abunda en el país, da un hierro de muy buena calidad.

16 de Diciembre.—No se encuentran víveres por ningun precio. Hemos atravesado el Loanngon, que me parece tiene una anchura de sesenta á noventa metros; el vado es profundo, dícese que tiene su nacimiento en el Norte, las orillas están cubiertas de grandes y frondosos árboles, y el lecho es arenoso como el

del Zambeze; le hemos franqueado por los 12°45' de latitud meridional.

*
**

18 de Diciembre.—Mis hombres tienen los piés lastimados por las espinas y no hacen más que murmurar. Me he visto precisado á cambiar de dirección siguiendo por el Este, y al llegar á Molenga hemos encontrado guías y vuelto á continuar la marcha por el Norte.

23 de Diciembre.—El hambre nos impele hácia adelante, pues no podemos pasar sólo con carne.

29 de Diciembre.—Seguimos siempre careciendo de alimentos.

1.º de Enero de 1867.—Hemos pasado el día en Mbouloukouta, distrito de Tchitembo; los Nasickais tenían grande empeño en ello, y he consentido porque es el primer día del año y ademas porque podemos adquirir víveres.

24 de Enero.—Por fin, despues de tantos días de penosas marchas y de los tormentos del hambre, hemos llegado á Moaba, todos los habitantes van vestidos de corteza de árbol, y por ello no hacen aprecio de nuestra tela. Por fortuna están de moda los abalorios rojos, y tengo de este color. En este pueblo hay vacas,

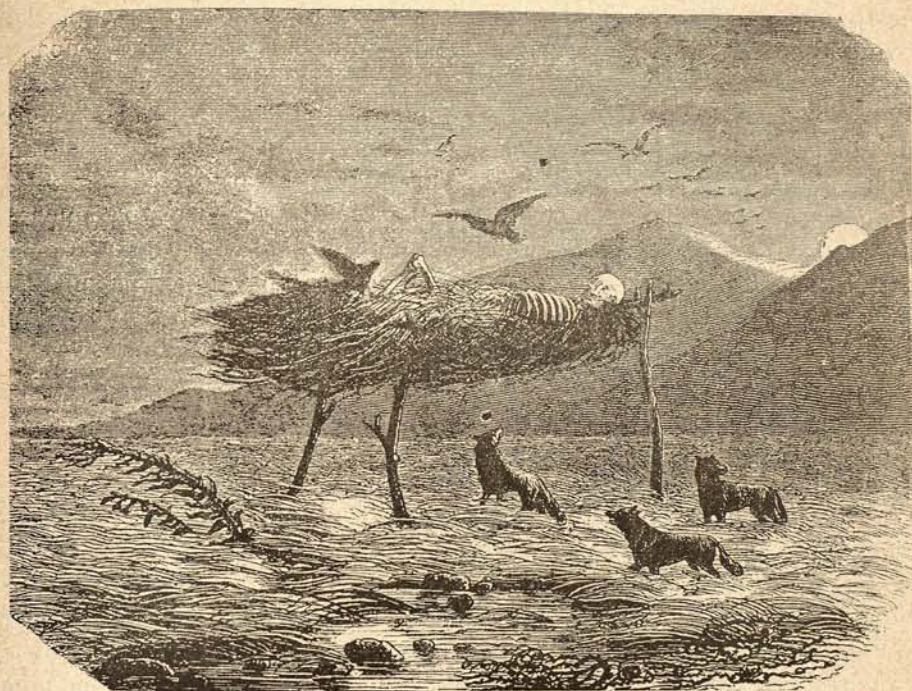
carneros y cabras; en la otra orilla es mayor aún la abundancia y pronto podremos recuperar las carnes perdidas.

*
**

29 de Enero.—Ayer hemos atravesado

el Chambeze, cuya corriente va desbordada; pero las dos líneas de árboles que sirven de lindes ó riberas no distan más de cuarenta metros una de otra.

31 de Enero.—Al medio día hemos llegado al Lopiri, en cuya orilla vive Tchitapannagona; poco tiempo despues vi-



SEPULTURA DE UN SALVAJE

mos el triple recinto del pueblo, cuya estaca interior está defendida por un ancho foso y por una cerca espinosa. El jefe ha enviado á preguntarme si quería ser recibido en audiencia, añadiendo que debería llevar algo en las manos la primera vez que me presentare ante tan alto personaje. He ofrecido ir por la tarde, y á las cinco han anunciado al jefe mi visita.

Despues de franquear la última estacada, hemos visto grandes casetas: delante

de una mayor que todas las demás estaba sentado Tchitapannagona, rodeándole una docena de individuos en la misma postura; otros tres tenían tambores, y ocho ó diez un cascabel en cada mano, los de las cajas golpeaban con furia y los del cascabel le agitaban con no menor entusiasmo. Yo rehusé sentarme en el suelo y entónces me trajeron á guisa de sitial un enorme colmillo de elefante.

*
**

El jefe, que tiene el rostro mofletudo y jovial y las piernas cargadas de anillos y latón, me saludó cortesmente; y después de haber hablado de varias cosas, me condujo ante una manada de vacas, y me dijo designándome la mejor: «Esta es para tí.» También me ha dado el colmillo que me servía de sitial; y para demostrarme que aceptaba mis dones, se ha cubierto inmediatamente con la pieza de tela que le ofrecí. Esta tarde me ha enviado dos grandes sacos de sorgo.

1.º de Febrero.—Deseando manifestar mi agradecimiento, le he llevado esta mañana tela de la mejor que tengo; pero cuando quise que matasen mi vaca, opúsose á ello un hombre, designándome otra más pequeña. He rehusado el animal, diciendo que me iría á otro pueblo para comprar cabras. Tchitapannagona ha montado en cólera, acabando por decirme que tome la vaca grande y le dé lo que quiera; pero esto era un lazo, pues ha vuelto á enviarme las cuatro brazas de tela que le dí la segunda vez, exigiéndome en cambio una colcha: he tenido que acceder, porque hace seis semanas que apenas comemos.

6 de Febrero.—Tchitapannagona ha venido á verme con dos de sus esposas para examinar mis instrumentos y mis libros, y ha hecho observaciones azas inteligentes.

17 de Febrero.—Me acomete el primer acceso de fiebre y carezco de medicamentos, pues los dos aiahou que nos acompañaban han desertado el día 21 de Enero llevándose la caja donde los tenía.

*
* *

23 de Febrero.—Estamos acampados en el bosque, á mil quinientos metros del pueblo de Moemba. El jefe nos ha enviado una diputación para invitarnos á que nos reunamos con él; pero le he di-

cho que me encontraba mejor al aire libre, si bien iría á hacerle una visita, lo cual efectué poco después.

Moemba es un hombre corpulento, de aspecto tabernario y vizco del ojo izquierdo; pero inteligente y cordial. Le he dado un gran pedazo de tela, y me ha ofrecido, en cambio, tanta harina como pudiera llevar un hombre, y un gran cesto de alfonsigos, así como también una cabra con su cabrito y una cántara de cerveza. Le he enseñado varias láminas de la Biblia, y á su vez me hizo ver dos magníficos colmillos de elefante, de dos metros de largo.

Parece que le preocupa mucho saber á que vamos al Tanganika. Me ha preguntado si tengo allí parientes, diciéndome que en aquel punto no podría comprar mas que marfil ó esclavos.

*
* *

10 de Marzo.—Desde que me he separado de Moemba me aqueja siempre la fiebre; á cada uno de mis pasos me resuena el pecho y parece desgarrármelo; con gran trabajo sigo á los otros yo que iba siempre adelante, y los oídos me zumban continuamente. No me falta apetito, pero sí un alimento saludable; me convendría mucho una gallina, mas no hay medio de obtenerla.

20 de Marzo.—Me es imposible nombrar las corrientes de aguas que se dirigen al Noroeste. Hemos bajado mucho y estamos ahora en el valle del Liemmba, donde hace mas calor que en las altas tierras. Aquí no es tan general la costumbre de vestir de corteza, y por eso tiene mas valor nuestra tela. Los indígenas suelen cubrir su cuerpo con pieles de cabra y de animales salvajes.

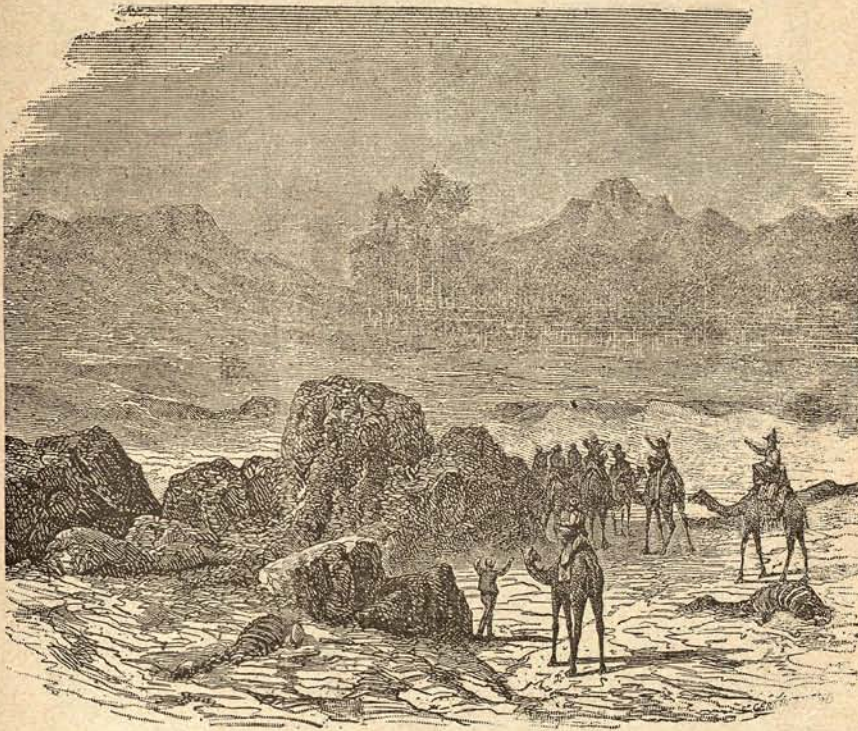
10 de abril.—Me siento cada vez peor: acabo de franquear varias colinas, y desde la mas alta he visto el agua azul á

través de los árboles: es la extremidad Sudeste del lago Liemmba.

*
**

12 de Abril.—No he visto nada tan tranquilo y risueño como esta sábana

líquida durante la mañana. Hacia el medio día sopla la brisa dulcemente, produciendo las olas un tinte azulado. La latitud del primer punto por donde hemos tocado en el Liemmba es de $8^{\circ} 46' 54''$ por $29^{\circ} 37'$ de longitud Este; pero mi cálculo es solo aproximativo.



CERCA DEL OASIS

Dos elefantes se han acercado á nosotros, y uno de ellos ha roto las ramas que nos tocan; he apuntado á uno al oído, pero el fusil se me cae de las manos.

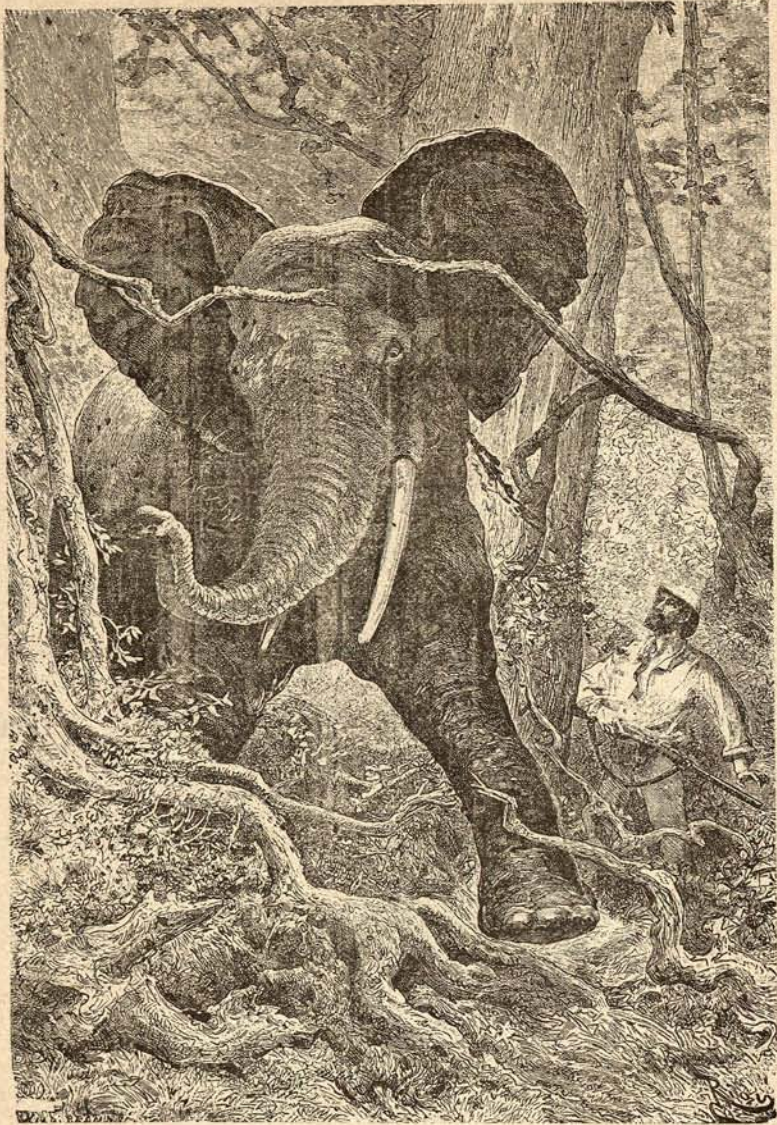
10 de Mayo.—Nos alejamos del Liemmba, que llaman tambien algunas veces Tanganika, y pasaremos la noche á medio camino de las montañas.

14 de mayo.—Llegamos á dos minutos de la desembocadura del Lofou. El jefe del pueblo, hombre afable y generoso, insiste vivamente para que no bajemos

por el lado del Liemmba, porque Nsama, jefe muy poderoso, está en guerra con los árabes, y nos podrían confundir con ellos.

*
**

20 de Mayo.—Estoy en la residencia de Tchitimmba, donde una numerosa caravana de árabes ocupa una gran parte del pueblo; los mas notables son Hamis-Ouadim-Tagh y Said-ben-Ali-ben-Mansour;



LIVINGSTONE QUERIENDO MATAR Á UN ELEFANT :

el primero de estos se ha mostrado muy bondadoso conmigo, pues no solo me ha dado víveres, sino tambien tela, abalorios y muchas noticias.

24 de Mayo.—Sigo en el pueblo de Tchitimmba, porque antes de abandonarle quiero ver que giro toman las cosas.

Algunos han marchado hoy; si traen buenas noticias iremos hácia el Sud, y despues por el Oeste.

Un leopardo ha matado hoy tres cabras junto al pueblo y en medio del día.

28 de Mayo.—Dícese que Nsama ha dado satisfacciones á los árabes, prome-

tiendo indemnizarles de todo lo que han perdido, y dentro de un día ó dos se sabrá si el asunto se arregla; algunos confían mucho en las palabras de Nsama; pero otros dicen que solo quiere ganar tiempo á fin de construir un nuevo recinto. Entre tanto, las gentes de Kasonno se ocupan en asolar su territorio por la parte del Este. Hamis desea vivamente que yo no marche antes de la llegada de Kamepamba, que debe traer noticias; cuando sepamos á que atenernos, se encargará de hacernos pasar con toda seguridad desde el territorio de Kasonno al pueblo de Tchihouéré.

*
* *

1.º de Junio.—Otra partida de merodeadores ha marchado á primera hora al pueblo de Nsama, para castigarle por una infracción del derecho de gente, de que se ha hecho culpable. Los hombres no se han puesto en marcha de buena gana, pues no les agrada su misión; pero cuando hayan probado el pillaje quedarán seguramente mas satisfechos.

Cerca de la residencia de Moamma, situada á los 10º 10' de latitud meridional, la línea de altitud comienza á inclinarse hácia el Norte, las corrientes de agua son en extremo tortuosas, y los indígenas no tienen sino ideas muy confusas acerca de su dirección. En Moamma, por ejemplo, todos los hombres me han asegurado que el Lokhopa va á reunirse con el Lokholon, para alcanzar con él un río que se vierte en el Liemmba; pero en el mismo punto, una mujer que parecía muy inteligente, sostenía que el Lokhopa y el Lokholon van á reunirse con el Chambeze; y así es como está indicado en mi carta; los afluentes de este río y los del Liemmba se confunden entre sí, y sería necesario un exámen mucho mas extenso del que yo puedo hacer

para definir con exactitud su curso. Al Norte de Moamma, el terreno comienza á inclinarse hácia el Liemmba.

*
* *

Con los tributarios de Lofou, que toma nacimiento en el territorio de Tchibone, tenemos largas cadenas, de una altura de ciento sesenta á ciento ochenta metros. Los valles que bordean estas colinas vierten sus aguas directamente en el lago, ó en los otros ríos que recibe. El país desciende poco á poco; siéntese mas calor: la tsetsé y los mosquitos aparecen muy numerosos, y se llega, por fin, á la notable cavidad donde reposa el Liemmba.

De las cimas de las rocas, cortadas á pico, caen varias corrientes, formando magníficas cascadas. En toda la extensión que abarca la vista se vé como una cadena que se eleva detrás de otra, y es probable que las pendientes se continúen hasta el Tanganika.

Aunque el país está cubierto de bosques interminables, rara vez se ve en esta parte del interior lo que entendemos por selva vírgen. Los insectos ocasionan la muerte de un gran número de árboles, ó impiden su desarrollo; los indígenas mutilan muchos para confeccionar su tela de corteza, y no pocos son destrozados por los elefantes: solo de vez en cuando se encuentran algunos árboles gigantes.

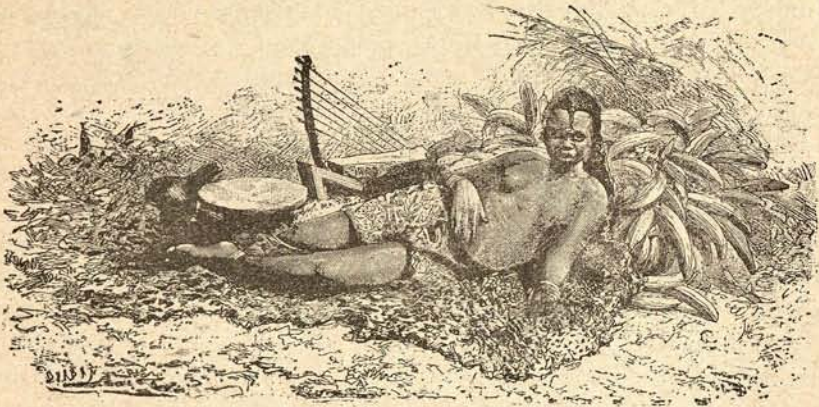
Las diversas especies de aves que cantan entre el follage parecen ser mas numerosas que en las regiones del Zambeze; me admira la diversidad de voces nuevas que oigo; pero no quiero tirar á ninguno de estos animales.

*
* *

En el pueblo no hay nada interesante: todos los hombres están ocupados en preparar sus alimentos y sus ropas, y en hacer esterillas y cestos, mientras las mujeres limpian el grano. Practicada esta última operación, le ponen á secar al sol, y despues le machucan en un mortero; cuando está bien molido, van á buscar

agua y confeccionan una pasta, que cuecen luego convenientemente.

Estoy muy perplejo acerca del camino que debo seguir: algunos árabes parecen decididos á dirigirse hácia Poniente, apenas pueden entenderse con Nsama; los otros continúan desconfiando de él, y se le espera hoy ó mañana.



CAPITULO OCTAVO

MALAS NOTICIAS—NSAMA Y SUS SÚBDITOS—CAZA MAYOR—¡ADELANTE!

DÍA 16 de Junio.—Se acaba de recibir la noticia de que una caravana ha perdido cuarenta hombres atacados de la viruela en el Sudoeste del Lonnda. A causa de las cuestiones suscitadas entre Nsama y los árabes, los balonndas no han querido vender cosa alguna á los jefes de esta caravana, lo cual es una nueva dificultad para dirigirnos por el camino proyectado.

*
**

19 de Junio.—Nsama no ha venido y Hamis quiere ir á buscarle para arreglar el asunto. Por enojoso que sea esperar, mas vale aun esto que resolverse á marchar por el Sur, pues dando este rodeo, dejaría de ver el Moero que, segun dicen, se halla solo á tres jornadas del pueblo de Nsama.

Todos se quejan de frío; la posición es muy elevada, y estamos á orillas del Tchiloa, detrás de un grupo de árboles que por la mañana nos oculta el sol. El termómetro no marca á veces sino medio grado centígrado bajo cero. Este frío induce á los naturales á encender fuego en sus casetas, que con frecuencia se queman.

24 de Junio.—Todos los árabes están rezando é interrogan al Koran para saber que camino deben elegir; tratan de reunirse mañana con el objeto de deliberar acerca de la conducta que observarán

con Nsama. Este último parece apreciar mucho á Hamis, pues ha dicho que si él va á verle se arreglará todo.

*
**

Algunas nevatillas pequeñas han emprendido su vuelo, dejando á una de sus compañeras en el fondo del nido; pero nadie las persigue, porque son muy respetadas en el país.

14 de Julio.—Los árabes habían resuelto que Hamis fuese á buscar á Nsama al día siguiente al que apareciese la luna nueva, porque este momento tiene para ellos gran significación. Hamis ha marchado, pues, y despues de atravesar el Lofou, ha enviado un aviso á Nsama, quien ha hecho una favorable acogida á los mensajeros, dándoles víveres, cerveza, abundantes bananas; despues ha ratificado la paz, haciendo el cambio de sangre con varios enviados de Hamis. Dicen que es viejo, excesivamente achacoso, que no puede moverse, y al que sus mujeres dan continuamente cerveza. Ha dado diez colmillos á Hamis, prometiendo otros veinte, y asegura que no perdonará esfuerzo para que sus súbditos devuelvan á los árabes todo cuanto les han tomado. Se propone enviar una embajada despues de la luna.

5 de Agosto.—Los agentes de Nsama han llegado ayer, pero solo para decirnos que tengamos paciencia, porque el

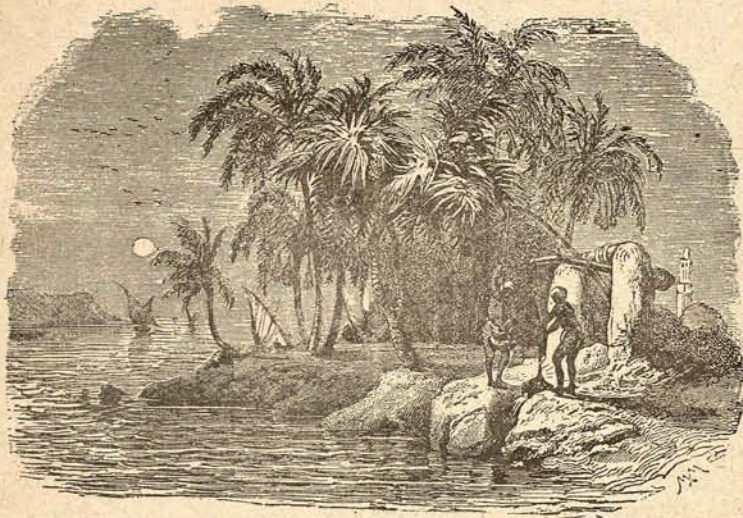
jefe no ha podido reunir aun el marfil y los objetos robados.

*
**

30 de Agosto.—Al cabo de tres meses y diez días de espera hemos salido hoy del pueblo de Tchitimmba: una marcha de dos horas y media nos ha permitido llegar á Ponnda. Hamed-ben-Mohammd, á quien los indígenas llaman Tipo-Tipo, acababa de marchar, y le hemos seguido sin detenernos.

2 de Setiembre.—He atravesado un

hermoso distrito, cubierto en gran parte de un bosque, donde hay numerosos claros y magníficos árboles á la orilla de las corrientes; estábamos entonces en la pendiente septentrional de la línea de altitud y divisábamos un vasto horizonte. Hemos cruzado por dos riachuelos, y al llegar al vado del Lofou, estábamos á trescientos metros bajo el pueblo de Tchitimmba. El Lofou tiene en este sitio mas de noventa metros de anchura, y se desliza rápidamente sobre un fondo de arenisca endurecida; unas veces nos llegaba el agua mas arriba de la rodilla, y



POZO EN EL OASIS

otras hasta la cintura; en otros parajes es mas estrecho, pero no se puede vadear.

*
**

5 de Setiembre.—A las siete horas de marcha por el Oeste del Lofou, nos hemos detenido en el pueblo de Hara, á fin de esperar la respuesta de Nsama, á quien habíamos enviado aviso de nuestra próxima llegada. Teme mucho á los árabes, y con razón; hasta los últimos tiem-

pos pasaba por invencible; pero una veintena de fusiles le acobardaron completamente, sembrando el terror en todo el país. Aunque casi todos los habitantes hayan emprendido la fuga, el país está lleno de víveres; solo viven en el distrito trescientas personas, que merman muy poco la masa de provisiones.

9 de Setiembre.—He recibido de Nsama una invitación para ir á verle, pero sin fusil. Muchos de sus súbditos nos han acompañado, y cuando llegába mos á la

estacada interior, me han tocado la ropa á fin de reconocer si llevaba armas ocultas.

Nsama es un hombre de avanzada edad; tiene la cabeza bien hecha, rostro agradable y un vientre muy abultado, que indica su afición á la cerveza; su obediencia es tal, que siempre le han de llevar en hombros. Le he dado dos metros de tela, pidiéndole guías para ir al lago Moreo, los cuales me ha proporcionado inmediatamente, rogándome que le permitiese, en cambio, tocar mi ropa y mi cabello.

*
**

Mañana volveremos á Hara.

Los súbditos de Nsama son, por lo regular, de escasa estatura, pero tienen facciones regulares, en nada parecidas á las del negro de la costa occidental; muchos de ellos son verdaderamente hermosos, pero se liman los dientes en punta, desfigurándose singularmente la boca. En resúmen no difieren de los europeos sino por el color.

14 de Setiembre.—Me he quedado en Hara porque estoy enfermo, Hamis no creía ya en las palabras de Nsama porque éste le había prometido una de sus hijas en casamiento, para cimentar la paz, y no había cumplido su oferta. Siempre se está esperando el marfil, y los indígenas no venían á vendernos víveres, como lo hacen en otras partes. Hamis iba á volver al pueblo de Tchitimmba cuando por la tarde llega la hija de Nsama, conducida á hombros de un indígena. Es una mujer jóven y bonita, de aire gracioso y modesto, su cabello, frotado con una tintura del país llamada nkola, confeccionada con la sávia de cierto árbol, ofrecía un color completamente rojo, que está allí muy en moda. Seguían á la novia una docena de mujeres, entre jó-

venes y viejas, cada una de las cuales llevaba un cestillo lleno de provisiones.

Los árabes se habían vestido de gala; los esclavos ostentaban sus mas fantásticos trajes, y descargaban sus fusiles ó blandían sus sables lanzando gritos de alegría. Cuando la novia hubo llegado á la puerta de Hamis, puso pié en tierra y penetró en la casa seguida de sus compañeras, algunas de las cuales eran igualmente bien parecidas. Yo me levanté para alejarme; y al pasar por delante del novio, oíle que murmuraba: «¡Hamis-Ouadim-Tagh!» (¡Al fin has llegado!)

*
**

20 de Setiembre.—Ocurren nuevas dificultades con Nsama. Hamis ha ido á verle sin hablar antes con ninguno de los otros, sin duda porque se avergüenza de su suegro. Yo quería ir á buscar al jefe y marchar el mismo día en dirección al Moreo; pero Hamis me ha enviado á decir que los guías acababan de llegar y pasado mañana marcharíamos todos juntos. Al ver que se hacían los preparativos de marcha, su jóven esposa ha creído que era para atacar á su padre, y esta tarde ha huído con todas sus mujeres.

1.º de octubre.—Hemos marchado el 22, segun lo convenido. Durante la noche ha estallado un incendio en el pueblo de Hara, quedando reducidas á cenizas todas las viviendas de los árabes; Hamis ha perdido sus abalorios y fusiles, la pólvora y la tela, á excepción de un fardo. La noticia ha llegado esta mañana é inmediatamente se han recitado oraciones, durante las cuales se quemó incienso; sosteníase el libro sobre el humo é invocábase principalmente á Haraiji, algun pariente de Mahoma. Estos árabes son muy religiosos á su manera.

*
**

El 24 de Setiembre hemos bajado y subido introduciéndonos luego por un bosque, lo mismo que al otro día, y después de franquear una pendiente de unos tres

cientos metros, llegamos á una inmensa llanura. Á unos diez y seis kilómetros, poco más ó ménos, del sitio donde estábamos entónces, deslizábase un rio, que atravesé al día siguiente, río que tiene más de mil quinientos metros de anchura, y en el cual abundan los papiros y otras



TIPO ÁRABE

plantas acuáticas. Marchando sobre tapiz de yerbas flotantes, que vimos en medio, muy duras, y herían los piés desnudos; pero la superficie, que ondulaba bajo el peso del cuerpo, se desgarraba con frecuencia, y entonces nos hundíamos hasta la cintura en un agujero, del cual era difícil salir. Hemos necesitado hora y media para franquear este río que se llama Tchisera, y que serpentea al Poniente, reuniéndose allí con el Kalonngosi, afluente del Moera. Abundan aquí los elefantes,

las cebras, los antílopes y los búfalos, que se encuentran hasta en las orillas del lago.

El 28 nos bastaron dos horas de marcha en dirección al Norte para llegar al Kamossennga, límpido río de una anchura de setenta y cinco metros, que corre rápidamente en medio de plantas acuáticas y recibe el Tchiserá. Hay también aquí numerosos búfalos, cabras é hipopótamos; el país es llano y está cubierto de matorrales; abunda un árbol de la fa-